

RITUALES DE PASO DE LOS CAZADORES ESPAÑOLES ACTUALES (ESTUDIO ETNOARQUEOLÓGICO)

Santiago David Domínguez-Solera
Departamento de Prehistoria
UCM

Mandamientos del cazador

Al principio aprender y al veterano atender.

Yerros y equivocaciones deben servir de lecciones.

La veda respetarás o sin caza te verás.

No tocar nunca lo ajeno, ni las piezas ni terreno.

Si vas a tirar tus tiros, piensa en tu perro y amigos.

Que la emoción de cazar no la padezcan los demás.

Con las armas empuñadas, poco vino y mucha calma.

No reñir ni porfiar con las armas de cazar.

Si cazares, no te alabes. Si no cazares, no te enfades.

Acabada la jornada, arma limpia y descargada.

(Refranero popular)

1. INTRODUCCIÓN.

Sobre ritos de paso se ha escrito mucho, muchísimo a partir de su definición por Arnold Van Gennep a principios del siglo XX. Su idea tuvo éxito entre la comunidad científica, que ha terminado acogiéndola como una de las claves para el estudio de las culturas y las sociedades actuales y pretéritas. Cualquier manual de Antropología o Etnología dedica un capítulo entero a este concepto o, por lo menos lo integra en su glosario de términos al final. Los artículos sobre el tema resultan sencillamente incontables. Alguien que decidiese hacer un estudio monográfico sobre rituales de este tipo se vería desbordado por la bibliografía, no pudiéndola abarcar toda de ninguna manera.

Sin embargo son casi inexistentes los ejemplos de trabajos dedicados a ritos de paso realizados desde el punto de vista etnoarqueológico, centrados en el análisis de los mismos mediante la cultura material adscrita.

Se ha prestado gran atención a las ceremonias que celebran los cazadores-recolectores, a la caza ritual y a la dimensión subsistencial de grupos preindustriales no modernos, ya que se piensa que en esos contextos, y sólo en ellos, tales temas son indispensables. Se ha descargado a nuestra sociedad capitalista, a nuestro mundo perfecto globalizado, de la riqueza simbólica que tiene. El laicismo y el racionalismo parecen haber ganado la batalla e impiden que aceptemos la pervivencia de muchos ritos y que, en caso de reconocer su existencia, los consideremos algo folclórico y pintoresco, pero sin función útil. Seguir realizándolos o no, convicción generalizada, no importa más allá de la mera tradición estética o festiva. Aquel que se los tome realmente en serio será tachado inmediatamente de supersticioso o místico. Es raro, entonces, que nos pongamos a analizarlos antropológicamente con respecto a los estudios que hacemos poniendo nuestro ojo crítico en otros pueblos. Una excepción que me ha inspirado a la hora de escribir estas líneas es el estudio sociológico de E. Mercado Cruz "De estudiante a maestro practicante: los ritos de paso en las prácticas pedagógicas de la escuela normal" (2003: 121-151). Somos muy modernos y "ya no hacemos esas cosas".

Pues aquí estoy escribiendo, si se quiere, un poco contra corriente pues voy a hacerlo de cultura material y de nosotros en un campo en el que ni lo uno ni lo otro es lo usual: el ritual de paso o iniciación.

El tema concreto de mi trabajo, pues tipos ritos de paso hay muchos, tantos como roles y personajes en una cultura, va a ser la caza. Pero he prometido que iba a referirme a nosotros y por ello los cazadores con los que vamos a jugar al juego de la ciencia aquí no se dedican a esta actividad para subsistir, sino por afición. Acotaremos aún más nuestro campo al fijarnos sólo en España. Pero: ¿por qué España y no la Península Ibérica? ¿Por qué nos vamos a dejar fuera a Portugal? ¿Por qué usar demarcaciones políticas y no geográficas? ¿Nacionalismo tal vez? Nada de esto último, por favor. Usaremos España como entidad administrativa porque la caza en este país es una actividad de ocio, regulada legalmente al nivel del Estado, después al nivel de las Comunidades Autónomas, de las Diputaciones y de cada Municipio por último. Los cazadores gallegos, los de Guadalajara, los extremeños, los de Jaén o los de Burgos, aunque las especies cinegéticas que viven en su suelo sean distintas, comparten algo en común: unas leyes, que van concretándose y matizándose a medida que descendemos en la escala administrativa; y aunque las normas de cada Comunidad Autónoma no son iguales y unas permiten lo que otras prohíben, todas están cortadas con el patrón de una

ley estatal: la Ley de Caza de 1970, modificada en numerosas ocasiones, por decretos posteriores y por los reglamentos de las Comunidades.

Con el estricto cumplimiento de la presente Ley queda garantizada la protección de la riqueza cinegética nacional, se asegura su conservación y su fomento y se adoptan las disposiciones para conseguir que la presencia misma de la caza en los terrenos donde constituye renta apreciable y atendible no esté en pugna con las riquezas agrícolas, forestal y ganadera del país. (LEY 1/1.970, DE 4 DE Abril, DE CAZA)

Por todo esto, siempre que tengamos que definir o concretar algo, va a ser indispensable referirnos a la Ley de 1970 aunque estemos hablando de sociedad y cultura material, ya que toda sociedad está reglada y aquí la regla está escrita. Lo contrario a dicha regla es delito y hay que seguirla. Cuándo se puede cazar, qué animales, qué es la propia caza en España y qué es un cazador son preguntas que se responden en el articulado; respuestas que, por supuesto, nos interesan.

El otro texto imprescindible es el Reglamento de Armas Español. Éste, si se quiere, afecta más a lo material de la caza: rifles, escopetas y cuchillos.

Se además que voy a meterme de lleno en un tema políticamente incorrecto. La caza de afición, bien sea Mayor (de grandes animales) o menor (de aves y pequeños mamíferos), es una actividad criticadísima, definida como salvaje, y cuyos responsables son todos una panada de sanguinarios que buscan en ella un mórbido placer. Para muchos es algo asimilable al toreo y combatir por su crueldad con los animales. Cuando se intenta defender con argumentos sentimentales o románticos del tipo "nobleza, ancestral costumbre, lucha tradicional entre el hombre cazador y la fiera salvaje, pasión, comunión con la naturaleza..." tales explicaciones son contestadas como anticientíficas y atrasadas. Y no sin razón.

Se puede utilizar la ciencia como argumento, situándose la actividad como una herramienta útil al servicio de la necesidad de gestionar y equilibrar un medio roto, con muchas especies foráneas introducidas hace siglos y que ya no tienen depredadores naturales que las mantengan biológicamente viables. Se puede jugar la carta de cómo están proliferando las malformaciones, la endogamia de los grupos, la intrusión de animales cuya población crece desmesuradamente en nichos ecológicos que no les corresponden y donde hacen daño directo a otras especies de la flora o de la fauna, la fuente de recursos no artificiales que supone la agricultura para los animales salvajes y que les permite mantener poblaciones mucho más altas que las soportadas por el medio... Cuando se usan tales razones los detractores de la caza contestan que no son más que excusas para mantener un

negocio lucrativo (que lo es realmente) y los vicios de los malvados enemigos de la Naturaleza, que estos últimos impíos esgrimen para limpiar sus conciencias.

No me corresponde aquí, como cazador, defender la caza ni desarrollar este debate más de lo que lo he hecho en las líneas anteriores. He discutido mucho con amigos y familiares al respecto y la conclusión a la que he llegado es que no alcanzamos nunca a un acuerdo porque ambos queremos ganar la conversación desde nuestro punto de vista, sin comprender el del otro. Es más: sin pensar que el otro pueda tener un punto de vista diferente. Si los tenemos será por algo. Por eso me he puesto a pistear el origen de esa forma de ver las cosas, preguntándome cómo nos hacemos cazadores unos y defendemos la caza, mientras nuestro vecino de la puerta de enfrente, que ha ido a mi mismo colegio y que ha jugado todas las tardes con mis mismos amigos en la plaza del barrio, piensa que cazar en España es de salvajes. Ahí debe estar la respuesta, porque algo ha pasado diferente en nuestra trayectoria vital que nos ha llevado por vías de opinión diametralmente distintas y, a veces irreconciliables. Esto es aplicable a cualquier aspecto de la sociedad, a cualquier discusión.

Repito que no voy a defender la caza que práctico, pues sería parcial en extremo. No estoy aquí para demostrar una necesidad cinegética o para proponer métodos de regulación biológica del medio alternativos. Ni para sanear su imagen destacando y citando las máximas de respeto a la Naturaleza que los aficionados (no los furtivos, por supuesto) elevan como declaración de principios. No voy a dignificar la caza como deporte. Tampoco estoy aquí para criticar el negocio turístico y económico que supone. No sería justo. Lo que voy a hacer es analizar cómo se hace uno cazador, intentar comprenderlo y explicarlo. Desde mi perspectiva yo no voy a trabajar con "La Experiencia del Otro", como titula Alfredo González Rubial su manual de Etnoarqueología (2003). Aquí me corresponde estar dialécticamente a caballo entre dos puntos: soy "el Otro" como cazador, pero también soy "Nosotros" como investigador del problema.

Convencido de que esto se puede hacer, me voy a aprovechar del método etnoarqueológico como aliado para conseguir mi fin. Y voy a hacerlo porque soy consciente de vivir en un mundo materialista en extremo. ¿Alguien me puede llevar la contraria? Comprar, adquirir y conservar objetos, que muchas veces ni necesitamos, es cultural. El ocio es algo que demandamos para ocuparlo con actividades alternativas a nuestro trabajo principal y nuestras responsabilidades cívicas, familiares y subsistenciales. Además aquello que decidimos para gastar nuestro tiempo de ocio demanda, casi siempre, comportamiento consumista y productos relacionados para realizarlo. La actividad cinegética, como todo, tiene detrás un mercado beneficiándose de nuestra necesidad de consumo tan occidental.

Pero voy a acotar la lista a sólo lo que tenga que ver con “hacerse cazador” y que, como veremos, tiene una responsabilidad tremenda en el proceso de tránsito.

Sin más, siguiendo el planteamiento anterior, esperando no aburrir ni, debido a lo polémico del asunto, herir o escandalizar a nadie (lo que es más importante, por supuesto), manos a la obra:

II. PASO A PASO.

Antes de meternos a exponer nuestro problema desde la Etnoarqueología, conviene que construyamos una base conceptual de la que partir cómodamente. Necesitamos saber, entonces, qué entienden los antropólogos por rito de paso.

Esta expresión fue usada por primera vez en 1909 por Arnold Van Gennep (1873-1957). Su libro *Les rites de passage* constituye todo un hito en la investigación antropológica y etnológica, siendo la idea de tránsito algo de uso generalizado en la actualidad. Él la llegó a considerar fruto de una iluminación (Bonte e Izard, 1996: 732).

Los ritos de paso según Marvin Harris (2003: 361) son los que “acompañan a los cambios de posición estructural o estatus que son de interés público general.” La vida de un individuo está llena de ellos: el nacimiento, la pubertad, el matrimonio, el embarazo, las menstruaciones femeninas... incluso la muerte significa el paso de un estado, el de vivo, a otro, el de difunto. Pero “la principal función de estos ritos de paso es dar reconocimiento comunitario a todo el complejo de relaciones nuevas o modificadas y no meramente a los cambios experimentados por los individuos que nacen, se casan o mueren.” (*ibidem*: 363) Como todo ritual, son formales, estilizados, repetitivos y estereotipados, realizándose en lugares especiales (puede que sagrados) y en momentos establecidos (Kottak, 2003: 182).

Gennep definió ya la situación intermedia entre un estado y otro como “margen” o “estado liminal”. Las propias puertas de las casas, para pasar de una habitación a otra o de la calle al interior, son márgenes. Tras el periodo de liminalidad el individuo completaría el paso “agregándose” al nuevo papel. Es normal, como cierre del proceso, un rito de agregación consistente en un convite, una comida o unos regalos por parte del iniciado a los miembros de la comunidad a la que se ha adscrito. Recuérdense los banquetes de los gremios medievales.

¿No nos resulta esto familiar? Los antropólogos y etnólogos han dedicado con especial ahínco y trabajo sus plumas y teclados a escribir sobre los ritos de iniciación, de paso, de cambio de estatus (o como queramos llamarlos) en sociedades no occidentalizadas actuales, comunidades anteriores a la industrialización o arqueológicas. Mundos todos pretéritos o lejanos. E. A. Hoebel y

T. Weaver (1985) advierten que “los ritos de transición no son algo que ocurría en el pasado o tan sólo en lugares de nombre extraño”. “Con tales cultos (al igual que en el ejército), el individuo, tan importante en la cultura occidental, queda inmerso en lo colectivo”. (Kottak, 2003: 185)

Hay que destacar el papel de los intermediarios, personajes indispensables para algunos de los ritos. No siempre son los responsables de hacer que todo salga bien, sino que además son el puente, la cadena o el vínculo que facilita a los que cambian de estado el paso sin sacudidas sociales violentas según Van Gennep. El intermediario ha de conocer los detalles de la ceremonia, si es el director de la misma. Al que celebra el rito en algunos casos, al que lo guía, se le denomina “padrino”. En ocasiones el padrino es otro de los personajes y no el director u oficiante. Es el caso del matrimonio católico o el bautismo. Pero nótese que el padrino siempre es el que lleva al neófito, el que conduce al que va a pasar, del brazo, en brazos, a su espalda, etc. Es un símbolo del tránsito en sí, acompañando en el camino, físico o espiritual. El término “padrino” adquiere, según el contexto, muchos otros significados. Uno que nos interesa especialmente es el de valedor, garante y protector del iniciado dentro del nuevo grupo.

Padrinos, oficiantes y testigos son elementos indispensables en el rito de paso. Siempre existen unos o unas iniciadores o iniciadoras, por definición, y nadie puede agregarse en soledad a un grupo. Necesita por lo menos un agente.

M. Gluckman destaca que en las sociedades tradicionales “una persona puede tener varios papeles que desempeñar, sirviendo los ritos para desempeñar cada papel, mientras que en las sociedades modernas un individuo no desempeña en general más de un único papel” (citado en Bonte e Izard, 1986: 643). Con esto no estoy de acuerdo, para nada, y la esencia de mi trabajo viene a demostrar lo contrario. Es innegable que una persona ha sido niño y, si no pasa nada que lo impida, será adolescente, adulto y anciano; en nuestra cultura puede tener un puesto de funcionario, como dedicación principal y un negocio propio; puede ser al mismo tiempo padre sin dejar de ser por ello hijo de sus propios padres; dedicarse a la literatura y al teatro... Y ser además cazador aficionado, claro. No obstante Van Gennep hacía una distinción entre pasar a ser albañil a ser sacerdote en Occidente. Lo segundo requiere una ceremonia y es en verdad un ritual de paso.

Radcliffe apunta que los rituales y las creencias pueden crear ansiedad y sensación de peligro e inseguridad tanto en el que cambia de estado como para la propia comunidad implicada. La participación en un rito puede dar lugar a tensión común que se reduce al culminar el rito, reforzándose la solidaridad de los participantes (citado en Kottak, 2003: 183). Recuérdese que existe el estado intermedio de margen y, estar en el mismo significa estar en medio, sin ser una

cosa ni la otra. Se ha perdido el papel antiguo pero aún no se ha adquirido la personalidad nueva.

Un ejemplo muy recurrente por lo ilustrativo, que quizá se ajuste mejor que el que nos ocupa a nosotros al modelo "estándar" de lo que es un rito de paso en sentido estricto, es el de las novatadas de los colegios mayores y las residencias universitarias. El estudiante de secundaria sale pletórico y confiado de su casa y su ciudad, dejando su puesto y su vida pasada para llegar a un ambiente desconocido y hostil en el que no es nadie e incluso es humillado por otros, que pueden ser intelectual y físicamente inferiores, pero que han pasado por lo mismo que él antes y esto les da derecho. Aquí la vieja personalidad muere conforme lo va haciendo el orgullo y se ansía llegar al otro lado (margen), recibiendo allí el nuevo papel como premio. Una vez superadas las pruebas, aguantadas las burlas y bautizado con agua y/o alcohol uno es parte de la nueva sociedad del colegio. Dependiendo de tu comportamiento y de lo participativo que hayas sido disfrutarás de más o menos aceptación entre los compañeros. Los veteranos actúan en todo momento como directores del evento, de autoridades en el mismo.

Éste era un caso actual, como comentábamos más arriba, de mayor claridad con respecto a lo que se entiende por iniciación. Vamos a entrar ya, por fin, en el mundo de la caza. O mejor: vamos a ver "cómo entra en el mundo de la caza" un aficionado. Sobre lo dicho aquí iremos volviendo recurrentemente conforme nos vaya haciendo falta. Sigamos.

III. JUGANDO A CAZAR.

Un cazador no nace, se hace. No hay deportistas natos, ni estudiantes natos, ni políticos natos. Hacerse cazador no es cosa de un día y mucho antes tenemos los episodios que han llevado al individuo primero a querer serlo y segundo a intentarlo. Antes de la ceremonia de iniciación hay todo un camino.

Existen más posibilidades de que los hijos sigan el oficio del padre y, del mismo modo, es muy fácil que hereden las aficiones. En esto de la caza suele pasar eso.

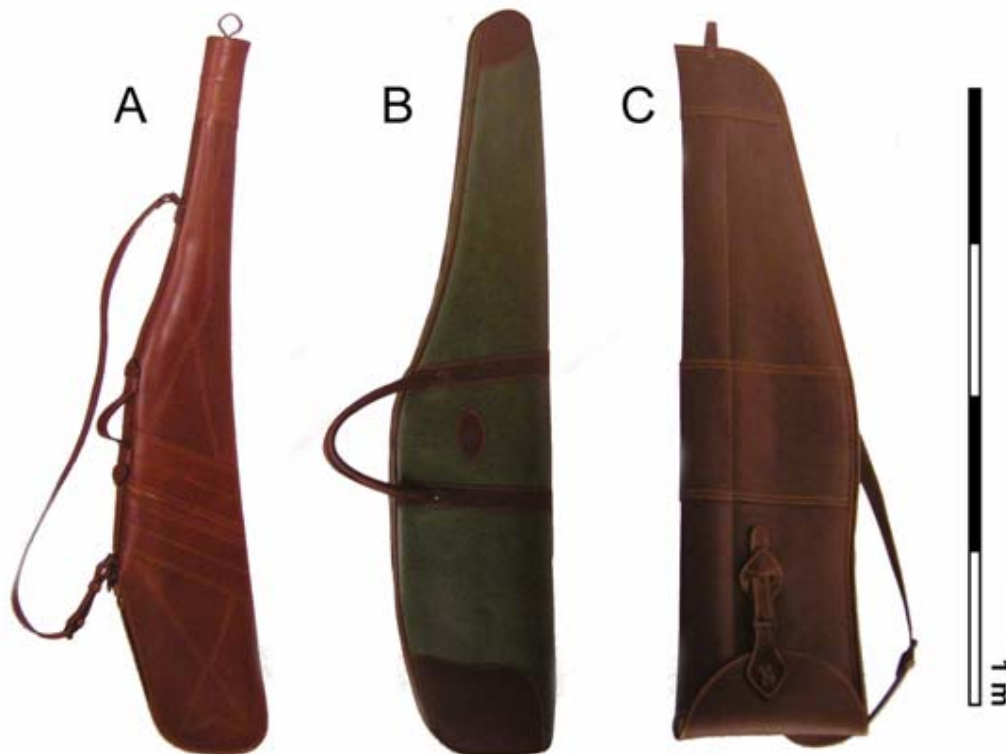


Ilustración 1. A) Funda de cuero para rifle con visor; B) Funda para rifle con visor en material sintético con refuerzos de piel; C) Funda para escopeta repetidora desmontable de piel. 245, 75 y 105 € respectivamente. (Productos extraídos del Catálogo de caza de El Corte Inglés, invierno 2003. Lámina del autor.)

Aunque hay ciertos casos en los que un cazador se aficiona tras acompañar a un amigo al campo, nosotros vamos a analizar el proceso más largo, en el que la afición viene desde niño, ya que el segundo caso (que podemos llamar algo así como “afición espontánea”) quedará implicado dentro del primero.

¿Qué hacen los niños casi en exclusiva, en nuestra cultura, hasta la pubertad? Juegan. ¿Y además? Observan... y con ello aprenden. Imaginemos que somos un niño o una niña de 3 a 4 años de edad. Ya comprendemos muchas de las cosas que ocurren en nuestra familia y nos preguntamos otras muchísimas más. Sobre todo nos interesan los objetos que vemos. Queremos tocarlos y manipularlos para ver qué hacen. “La realidad material que nos rodea va conformando nuestro *habitus*, nos imbuje reglas sociales no escritas [...] Uno de los más poderosos creadores de *habitus*, por lo que se refiere a la cultura material, es el espacio doméstico.” (González Rubial, 2003: 141) Lo que veamos en casa desde muy niños dejará huella en nuestra forma de actuar.

Nuestro padre o nuestra madre (o ambos) no han pasado la mañana en casa. Supongamos que el ausente es nuestro padre. Es domingo. Viene por la tarde, ya

ha anochecido, y lo vemos aparecer por la puerta con una ropa distinta a la habitual, de color verde o marrón, con un sombrero, una mochila de cuero y con una funda de piel alargada cuyo contenido parece pesar mucho y que su portador cuida con especial atención para que no se lleve ningún golpe. Somos el niño, recordemos, y la misteriosa funda alargada es lo que más nos llama la atención como es lógico. Se nos prohíbe rotundamente acercarnos a tocarla con la imponente y poderosa frase de "es peligroso". Después introduce la funda en un armario de metal con una puerta pesada, que cierra con llave. Disparamos el resorte de las preguntas: "¿Qué es esto? ¿Para qué sirve? ¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Si me porto bien me lo dejas?" Y lo más importante: "¿De dónde vienes?" Nuestro padre o nuestra madre nos responde "vengo de caza" y aplaca muchas de las preguntas, nos enseña el rifle o la escopeta descargada, las balas, el sombrero y nos explica un poco qué es eso de cazar.

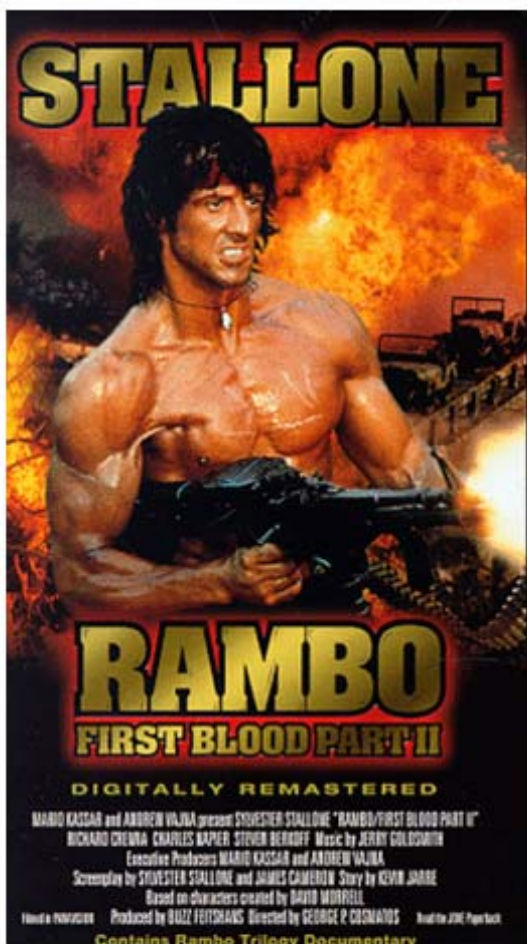


Ilustración 2 A) Armario metálico para 7 armas y caja interior con llave. 365 € B) Armario metálico para 8 armas, forrado de madera y caja interior con llave. 1.450 €. C) Armario metálico para 5 armas. 275 €. (Productos tomados del catálogo "La Caza" de El Corte Inglés, invierno 2006. Lámina del autor.)

Las armas de fuego y los cuchillos de monte son en extremo peligrosos. Más para los niños. Por eso los cazadores han de educar a sus hijos en este aspecto, alejando de ellos el peligro.

La Ley de Armas exige que las de fuego, del tipo usado para la caza (2.2), se guarden en un armero homologado (Artículo 100) o se entreguen después de su uso deportivo en la Intervención de la Guardia Civil más cercana. Las armas durante su transporte se han de llevar, bajo pena de multa, en su funda mientras no se esté desarrollando la actividad autorizada con ellas.

Se ha de rodear a estos objetos de un halo tabú para que el los jóvenes les tengan el respeto necesario que evite los accidentes. Los armarios armeros sirven para imposibilitar el robo, pero cumplen la función imprescindible de alejar escopetas y rifles de las manos infantiles. El armero está siempre en un lugar escondido, lo que subraya la idea de prohibición al pequeño. El que tampoco se le deje sujetar el arma dentro de la funda a un niño, o por lo menos no sin una advertencia de peligro previa, es algo que se debe interpretar en la misma línea. Pero tengamos en cuenta que el rifle y el visor son instrumentos de precisión que no pueden golpearse porque tales cosas afectan gravemente a su reglaje. Habría que sumar a la arenga “no, que es peligroso” esta otra: “no, que lo rompes”. Ambas servirían para insistir que “las armas no son juguetes”.



¿O sí?

Por supuesto que con las armas de verdad no se juega, ya sean de fuego, arcos, ballestas, o armas blancas. Estamos viendo que el primer contacto con el mundo de la caza se hace cuando aún no se está formado ni física ni mentalmente y en este ámbito son omnipresentes e indispensables las armas, no nos vamos a engañar. Que un futuro cazador no haya tenido contacto alguno con ellas hasta antes de convertirse en tal es, aunque parezca mentira, contraproducente. ¿Estaríamos tranquilos al lado de alguien que empuña un rifle por primera vez y que no sabe ni cogerlo? Con esto no quiero decir que haya que enseñar a los niños a

Ilustración 3 Cartel de la Película *Rambo II* (1985, George Pan Cosmatos), donde se ve al protagonista empuñando una ametralladora, disparando a ojo y sin usar el punto de mira.

disparar, por supuesto. Los nukak, pueblo de cazadores-recolectores de Colombia, juegan desde pequeños con armas para familiarizarse con ellas y saber usarlas lo más pronto posible (Politis, 1996). Los jóvenes, como decíamos más arriba, en nuestra cultura aprenden jugando y juegan aprendiendo y esto hay que unirlo a que las armas de juguete no son armas.

A encararse la escopeta o el rifle (armas largas destinadas a la caza) te enseñan cuando apenas tienes tres o cuatro años y lo hacen con una escopeta de juguete. Encarar es el gesto necesario para, empuñando el arma, poder apuntar correctamente y disparar. Si un niño no ha visto nunca disparar a un adulto, salvo en la televisión, lo más normal es que coja su escopeta de plástico como Rambo su ametralladora o como los mafiosos de Hollywood: a la altura del estómago. Esta postura es correcta con las armas automáticas de bajo calibre, pero inviable con las de caza, que han de apoyarse en el hombro y en la cara para que no se vayan hacia atrás con el retroceso de las detonaciones. Si los niños han visto algunas fotos o imágenes de mayores en la posición correcta, otro error muy frecuente que he podido observar es el de agarrar la culata con el sobaco y no apoyarla en la clavícula; así se ve el punto de mira y se puede apuntar, pero al disparar el arma, de ser de verdad, no estaría sujeta y se iría para atrás o pegaría en la cara al portador. Esto es peligroso, igual que disparar una escopeta (que se puede) a la altura del estómago, ya que de esta forma es imposible apuntar, si no es a ojo, y disparar sin controlar el blanco es una auténtica barbaridad.

Es el cazador veterano el que enseña a los niños a perfeccionar la postura. Como mi trabajo de observador de campo se puede realizar en cualquiera de nuestros barrios y no tengo necesidad de desplazarme a exóticos y lejanos lugares, he ido al parque contiguo a mi casa. Me he puesto a observar a un grupo de chavales que estaban jugando con pistolas, metralletas y escopetas de plástico. Unos se encaraban bien el arma. Otros se apoyaban la culata en la barriga, otros en las costillas, otros se la ponían sobre el hombro como si disparasen un lanzacohetes. No quiere decir que los que hacían bien el gesto fueran hijos de cazadores, de agentes del orden o de tiradores deportivos, pero alguien les habrá enseñado a hacerlo o han sido capaces de reproducirlo por ellos mismos. A lo que voy es que el gesto de coger una escopeta de juguete es un producto cultural. Tras los gestos hay codificada muchísima información cultural (Lemonier, 1986).

Nuestros chiquillos ya saben coger un arma larga. Pero eso no es todo ya que han de apuntar y disparar con destreza. Para esto es indispensable el juguete. Poca gente hoy en día, o nadie, habrá disparado un arma de fuego sin haberlo hecho antes con una de dardos de plástico, de bolitas o de corchos. La puntería se



Ilustración 4 Forma correcta de apuntar y apoyarse para disparar un arma larga de caza, en este caso sin visor, usando el punto de mira. (Lámina del autor).

adquiere y se perfecciona. Requiere coordinación, vista y pulso, ya sea al disparar o al arrojar un objeto. Biológicamente estamos capacitados para ello y somos el ser que mejor puede arrojar un objeto contra algo de forma certera, no pudiéndolo hacer tan bien como nosotros ni siquiera el primate más hábil.

Es necesario que el juguete con el que se dispare esté diseñado para arrojar proyectiles y no sólo simule el ruido, arroje agua o sea de petardos. Comprender la lógica de una alidada, un punto de mira o la cruz de un visor es sencillo... cuando te lo han explicado: "mira ¿ves el palito que hay al final del cañón? pues tapas el bicho con él y después tienes que ponerlo entre estos otros dos que tienes delante de la nariz. Cuando estén bien todas las cosas, aprietas el gatillo y... PUM." A mí y a mi hermana nos lo explicaron exactamente así.

Contra lo que disparas la primera vez es la pared. Luego buscas blancos grandes y, conforme vas adquiriendo más soltura, los irás reduciendo. Muchos jarrones, ceniceros, ventanas y figuritas de porcelana habrán "muerto" tiroteadas mientras

pastaban tranquilamente en su estantería. Un regalo fantástico que se le puede hacer a un niño, como complemento de su escopetita es un conjunto de animales de safari, por ejemplo. Disparar contra el muñeco de peluche no tiene gracia cuando el niño gana habilidad al ser demasiado grande. También es frecuente que los blancos sean dinosaurios, soldaditos, *barbies*, coches, botes, paquetes de cartón... cualquier objeto de sólo unos centímetros que resista los impactos y las caídas sin romperse. Los animales del safari tienen forma de pieza venatoria y ello los hace especialmente atractivos.

Ya que ha quedado clara la importancia de las escopetas de juguete, qué menos que hacer un amago de tipología. La clasificación que vamos a intentar responde a lo orientado que esté el juguete a cumplir la función que exponíamos más arriba. Todos hemos parado delante de un escaparate o expositor de juguetería, pasado cerca de las estanterías de un bazar o delante del puesto del turroneiro de una feria y nos hemos fijado en los juguetes. Además: o tuvimos pistolas de plástico siendo pequeños o se las hemos visto a familiares y a amigos. Con todo, digamos lo que digamos, no nos ha de resultar ajeno el tema. Concretada tal idea, podríamos distinguir los siguientes tipos de juguetes que emulan armas de fuego:

- A) Las que tienen forma de escopeta o rifle de caza.
- B) Las que no.

Esta primera clasificación la hago por lo que decíamos de aprender a encarar la escopeta. El tipo A sí nos interesa. El tipo B, donde tendrían cabida las metralletas, las pistolas y las "pistolas de rayos láser" no. Dentro del grupo de juguetes que simulan un arma larga podemos hacer una subdivisión, aplicable también al segundo grupo:

- a) Lanza proyectiles.
- b) No lanza proyectiles.

El primer grupo nos interesa porque sólo con él puede hacer puntería el infante. En el grupo b tendrían cabida las escopetas que lanzan agua, las de petardos y las que sólo hacen ruido de disparo y las que simplemente no hacen nada. En el grupo A podemos hacer otra distinción, en atención al tipo de proyectiles que dispare:

- 1) Flechas de ventosa
- 2) Corchos
- 3) Bolas

4) Otros

Nuestros padres y abuelos tenían (si podían permitírselo con algo de suerte) las escopetas de corchos, que siguen existiendo. Pero las más comunes y exitosas son las de ventosas. Venden incluso recambios sueltos ya que los proyectiles se pierden fácilmente.

Todos estos objetos están preparados para que no supongan peligro alguno. Sus partes mecánicas y la fuerza de los muelles de las que disparan objetos tienen un diseño pensado para no desarrollar una potencia amenazante. Como cualquier juguete, están recomendados para una determinada edad y se supervisan por parte de las autoridades competentes. Potencialmente son más peligrosos utilizados como cachiporras o palos que como emuladores de armas de fuego.

El equipo completo del pequeño cazador se completa con su correspondiente cuchillo de monte. Éste tiene su hoja y mango de plástico.

Por último especifiquemos el destino de estos artilugios. Se compran en las tiendas, bazares, jugueterías, puestecillos callejeros... y se usan en casa. Si no se rompen, acabado sus días en la basura, cuando los niños ya dejan de tener edad se regalan a familiares, a la beneficencia y a los hijos de los vecinos o van a parar a trasteros, fondos de armario, cajas de cartón bajo las camas, sótanos o garajes. Permanecerán allí años hasta que alguien los tire o los herede una nueva generación de la casa.



Ilustración 5 Juguete que simulan armas de caza de distintos tipos. Productos extraídos de Internet. (Lámina del autor.)

Ya se que lo anterior parece poco elevado para un estudio científico. Pero hace pensar el hecho de que en todos los hogares donde hay cazadores, terminen siéndolo los hijos o no, se cumpla la existencia de esta clase de objetos. Por algo será y lo que comentaba parece una explicación muy coherente.

Resumiendo: Las armas de juguete enseñan, en definitiva, a disparar y la única clasificación que nos serviría aquí para algo sería la que las ordena según cumpla cada una este objetivo.

El niño sabe que las armas de fuego son peligrosas, que sólo están a su alcance las de plástico y es capaz de apuntar y disparar, o por lo menos simular que lo hace. ¿Y ahora qué?

IV. ¡LLÉVAME DE CAZA!

Ahora falta adquirir el hábito y la afición de salir al campo, tomar contacto con él ya que para ser cazador ha de gustar la Naturaleza, aunque la mayoría de los detractores de este deporte piense y tenga por cierto lo contrario.

Un cazador no sólo sale al monte para llevar a efecto la actividad cinegética. Antes que cazadores, muchos aficionados son amantes del campo, senderistas, etc. Démonos cuenta de que el cazador pasa más tiempo andando por el bosque al aire libre que disparando y pisteano a un animal. Son más los días, os lo aseguro, en los que no se mata ¡o ni siquiera se ve! algo. Si no nos gusta el monte, de ningún modo nos puede gustar la caza.

Por eso los infantes han de acostumbrarse a andar por la naturaleza y, una vez que son capaces y no les resulta un imposible físico, acompañan a los mayores a las cacerías. Para ello hay que madrugar y estar listo antes de la salida del sol, cosa que seguro no han hecho mucho hasta entonces.

¿Ves? No hace nada. Ya está muerto

Es todo un esfuerzo. Pero se asume porque ya se tiene la voluntad de ir a cazar. El niño que nos imaginamos ser al principio ha visto como su tutor venía otras muchas veces de la guisa que ya relacionaba con cazar. Además ya sabe que el objetivo de la caza consiste en buscar y matar animales con armas de fuego. Incluso sabe cómo se hace pues ha visto en casa un montón de vídeos (ahora también discos de DVD), revistas, coleccionables y libros sobre la materia. De estas cosas se publican muchísimas a día de hoy, sólo hay que ver el estante de un kiosco para hacernos una idea de lo célebres que son. *Trofeo Caza y conservación*, *FederCaza*, *Caza Mayor*, *Linde y Ribera Caza...* son los títulos de algunas revistas. Hay una serie de documentales de televisión, contenidos en un programa de TVE2, muy famosa: *Jara y Sedal*. En la televisión de pago tenemos varios canales exclusivos para caza y pesca. Todos estos documentos son omnipresentes en los hogares de los cazadores. Junto a las revistas del corazón (si se estilan en la casa)

o el periódico siempre hay alguna de estas revistas. Además tales publicaciones tienen secciones dirigidas al público infantil y no sólo para que las lean, sino para que participen en ellas contando sus experiencias. Por ejemplo Cristian Morgado García, de trece años, escribió en la revista *Linde y Ribera* en octubre de 2006 (páginas 136-137) un cuento titulado “Los animales siempre amigos, nunca enemigos”.

Las publicaciones sobre caza sin duda enseñan en qué consiste ésta. No es una interpretación profunda, ya que muchas de las secciones de las revistas y muchos de los documentales son consejos y lecciones sobre cómo cazar tal o cual especie, qué rifle se ha de usar, qué modalidades existen en España, cuáles están permitidas, qué productos nos pueden ayudar a ser más eficientes en el rececho, cómo funciona una montería, cómo se comportan los jabalíes, cómo funciona el celo de los ciervos, legislación, concursos, etc. Aprenderían con ellos mayores y niños.



Ilustración 6 Mar de documentales en VHS y DVD sobre caza. (Foto del autor.)

El caso es que, antes de presenciar una cacería en persona, los niños ya han visto algunas en la tele y en fotografías; el adulto se las ha mostrado y se ha acompañado de los pequeños mientras visualizaba este material en el hogar explicando lo que estaban viendo.

Pero que el objetivo de la caza es el de matar animales no se ha aprendido exclusivamente en televisión. El cazador que llega del campo, aunque suceda la

mayoría de las veces, no siempre lo hace con las manos vacías. Algunas noches lo hace contentísimo y con su trofeo. Este no es, ni más ni menos que el cadáver del animal abatido o, como mínimo con su cabeza si ha dejado el cuerpo en el carnicero para que sea procesado y convertido en productos derivados.

A casi todo el mundo ajeno al mundo de la caza le puede parecer que ver un animal salvaje recién decapitado, aún sanguinolento, es una imagen muy dura para un niño. Pero no caigamos en el error del juicio desde el propio punto de vista y pongámonos en el puesto del joven estudiado. Éste habría visto el cuadro muchas veces y, aunque al principio le pudiese dar un poco de miedo, ahí estaba el cazador veterano para quitárselo; cosa que tampoco hay que considerar especialmente traumática, sino más bien la superación de uno de los muchos temores que nos afectan en la infancia. “¿Ves cómo no hace nada? Ya está muerto.” Además antes de ver cabezas recién traídas del campo, seguro que se ha fijado en los cráneos con cuernos y en los animales disecados de la pared y habrán abrumado a los mayores a preguntas hasta quedar satisfechos con las respuestas. El trofeo, como sabemos, termina ahí, en el lugar más visible del salón ya que es un orgullo para el que lo ha conseguido. Esto es algo que se da en todas las casas de cazadores. Sin excepción. Si un arqueólogo excavase en el futuro las ruinas de la casa de un cazador de hoy en día, debería buscar no las herramientas de caza (que pueden ser incluso prestadas o no guardarse allí, como decíamos) sino trofeos en la pared, revistas, cintas de vídeo y fotografías en papel recordando antiguos lances... segurísimo encuentra todo.

Que papá o mamá lleguen a casa con una cabeza de animal significa el éxito de su jornada. Se hacen fotos los chiquillos sujetándola, se enseña, se dice por qué es buena o por qué es mala y se decide dónde se va a colocar una vez descarnado el



Ilustración 7 A la izquierda Elena Domínguez, con tres añitos, acompañada por su hermano Santiago y posando para foto con la cabeza de un ciervo abatido por su padre. (Foto M^a Yolanda Solera.) A la derecha Elena con su padre en 2005, mostrando un excelente trofeo de ciervo. (Foto del autor.)

cráneo o mandada la cabeza al taxidermista (tratamiento más caro). En todo esto forman parte activa los niños, no ocultándoseles las imágenes cruentas por ser impresionables. Se han acostumbrado y lo ven como algo normal, cosa que ha de pasar si han de convertirse en cazadores. Es más: un niño al que no le guste el campo y que no vaya de caza y, por tanto, no se vaya a convertir en aficionado, si en su casa hay cazadores, muy seguramente se haya acostumbrado a la imagen y se ponga contento o contenta de que su padre, hermano, hermana o abuelo hayan cobrado una pieza ese día. El caso más cercano que he conocido es el de mi propia hermana Elena, habiendo muchos otros ejemplos que, como ella y para disgusto de su padre, no se han aficionado a la caza pero que la aceptan, comprenden y no sienten ninguna de las aversiones comunes al resto de los no cercanos al mundillo cinegético.

Un traje para la ocasión

Ya tenemos un montón de objetos a los que prestar atención. Vamos a sumar más.

Un cazador ha de cuidar su vestuario, más que por moda por una razón práctica: el mimetismo. Hay que añadir que "aunque la indumentaria de caza a menudo es bastante sofisticada, las exigencias estéticas están subordinadas al aspecto práctico; cuando se va a cazar no se va a lucir atuendos elegantes, lo realmente necesario es mantener el calor corporal y disfrutar de una cómoda facilidad de movimientos." (La pasión por la Caza, 2003, nº 12: 133). La ropa de caza es siempre, entonces, de colores apagados, verdes y marrones. No son necesarias prendas de camuflaje, con una indumentaria normal, que cumpla las anteriores condiciones, sirve.

Los cazadores menos pudientes suelen usar ropa vieja para ir al campo. Pero se vende ropa de caza en los grandes almacenes, tiendas de deporte y armerías diseñada para ambos sexos, existiendo modas, catálogos de modelos, posibilidad de ropa a medida, complementos... Pero lo que aquí nos interesa es que en tales tiendas se ofertan tallas infantiles. Los niños pueden ponerse ropa vieja poco llamativa, pero muchos padres los visten de cazadores en miniatura. Tales prendas no son para "disfrazar" a las criaturas. Hay que abrigoarlos y hacer que pasen desapercibidos a los animales ya que de lo contrario significarían un estorbo para el cazador. Aunque cuatro ojos ven más que dos, dos personas son más visibles que una y esto se acentúa si estamos hablando de un acompañante infantil, inquieto y ruidoso en principio. Estarse callado, paciente y atento en el puesto o andar con sigilo son otras dos de las lecciones a aprender.



Ilustración 8 Izquierda: Existen catálogos específicos sobre prendas diseñadas para cazar, habiendo incluso marcas que se dedican en exclusiva a ropa de campo. (Foto del autor.) Derecha: Ropa infantil ofertada en el Catálogo 2006-07 de la Armería Álvarez.

El complemento por excelencia de los acompañantes es un para de prismáticos. Se pasan muchas horas sentados o caminando (según se esté en una montería o siguiendo la pista a las piezas a rececho respectivamente), cumpliendo las misiones de, por un lado, colaborar con el transporte de sillas, mochilas, un segundo rifle, prendas de abrigo y similares; por otro la de ayudar al cazador a localizar las reses a distancia y en sus escondites. A esto último responden los prismáticos. Si el ser humano ha de vestirse para camuflarse, los animales fundamentan su supervivencia en esta adaptación. Para ser cazador no sólo hay que tener buena puntería y lo complicado de la caza es la búsqueda del animal. Hay que saber dónde buscar y cuándo para poder tener éxito. Es el secreto de la caza a rececho, basándose parte de la montería en ello también: necesitamos ocupar el escondite del puesto adecuado, ver sin ser vistos cómo se aproxima el animal acosado por los perros hasta que se ponga a tiro... Por muchos videos que se vean o por muchas revistas y libros sobre caza mayor que se lean, a cazar se aprende con la experiencia y ésta hay que buscarla, junto a las piezas, en el monte, que es la escuela.

Fotografías de ayer y de hoy. Sexo y edad

Las fotografías son, en principio, documentos gráficos. Pero también son recuerdos que se enmarcan y se exponen en los hogares, en galerías de arte, en

lugares de trabajo o en carteles. Adquieren así, creo, el valor de objeto y, como tales, pueden ser desechadas, conservadas, perdidas y encontradas. Girando alrededor de esta idea, analizaremos las fotografías que se hacen y que se hacían como recuerdo entre los cazadores, para encontrar las diferencias que hubiera podido sufrir la actividad y desarrollarlas si afectasen al tema que aquí nos preocupa.

Antes de seguir convendría puntualizar un par de cosas sobre la edad y el género del cazador de hoy con respecto al de hace unos sesenta años, para no extrañarnos de que dijera más arriba lo de que perfectamente podíamos imaginarnos ser un niño o una niña que ve venir del campo a su madre o a su padre.

La caza mayor hace siglos en España era de nobles. Con la Revolución Liberal del



Ilustración 9 En la foto de grupo de esta cacería de zorros podemos ver sólo hombres. Destacan entre todas las figuras presentes las de las "fuerzas vivas" del municipio: la Guardia Civil y las autoridades. Los personajes de aspecto más humilde posiblemente sean los perreros y ojeadores del evento. (Foto extraída de la revista *Trofeo Caza y Conservación*.)

XIX empezó a ser de burgueses y hoy por hoy se ha democratizado y abaratado, siendo accesible su práctica a todo el mundo. Los "señoritos" de principio del siglo XX iban de caza más como prueba de su posición y cliché de clase que por divertimento. Eran todos varones ricos y de *pro* que se dejaban acompañar por ayudantes del servicio. La mujer también cazaba, pero en puntualísimas ocasiones, siendo cazadoras algunas reinas y muy pocas aristócratas. Esto queda atestiguado

en las fotografías antiguas. Sobre todo en las de grupo, donde todos los que van a participar en una batida se reunían e inmortalizaban el momento previo al lance o se reunían después ya con las piezas cobradas. Veamos pues quiénes eran cazadores a principios del XX en las ilustraciones 9 y 10.



Ilustración 10 Camino del puesto sólo marchaban hombres. Los ricos pueden permitirse la afición, los pobres son los acompañantes que cargan con lo más pesado del equipo. (Foto extraída de *Trofeo Caza y Conservación*.)

Queda patente la total ausencia de mujeres y de niños en estos cuadros. Pero hoy en día en casi todas las fotos de grupo tomadas en las monterías aparecen chicos y chicas de distintas las edades. Lo mismo ocurre en las fotos que inmortalizan los episodios de rececho. En estas últimas salen, además del cazador y del animal abatido, los acompañantes, que en muchas ocasiones son niños/as o adolescentes.

La causa de esto da pie a muchas reflexiones, a muchas teorías y a muchas incógnitas dentro del campo sociológico. Aquí no podemos ni pasar sin analizarlas ni detenernos demasiado en ellas. Sea como sea, la caza se democratiza progresivamente: poco a poco desde mediados de siglo hasta la Transición, coincidiendo con la decadencia del Franquismo y su ideario, y más rápido desde aquí hasta la actualidad. Al igual que el esquí era un deporte de lujo y hoy todo el

mundo con una nómina puede permitírselo, la caza mayor va pasando de actividad elitista a actividad de ocio, afectando y abriendo sus puertas a planteamientos diferentes. Los niños están dentro de estos horizontes y nuestros abuelos y nuestros padres quisieron que sus hijos disfrutasen de los beneficios de sus mismas aficiones. Hay casos pintorescamente extremos: "Ismael Alonso Galán es, desde el (30 de septiembre de 2006), el cazador federado más joven de Castilla y León y posiblemente de España. Hijo y nieto de cazadores, Ismael fue inscrito por su padre, el mismo día de su nacimiento, como cazador federado en el stand que la Federación de Caza de Castilla y León tuvo instalado en la Feria de Valladolid..." (De la Fuente, 2006: 13) La pretensión de enviciar con la caza al hijo, de que heredase



Ilustración 11 Camino del puesto marchan familias enteras, ya no sólo potentados. Cada uno carga con su arma y su propio equipo. (Foto extraída de *Trofeo Caza y Conservación*, nº 438.)

el gusto por el monte (al igual que puede serlo la de que practique el mismo deporte), se generaliza y se fija como objetivo del ideario del cazador actual.

Pero, por supuesto, no todos los cazadores tienen descendientes varones. Hacer cazadores a los hijos es un objetivo a cumplir. Los que sólo tenían hijas ¿qué harían? De mediados de siglo hasta la fecha empiezan a arraigar las primeras ideas feministas, consiguiendo hacer frente al machismo imperante. Por lo menos habían hecho ya acto de presencia desde su desaparición y persecución estatal tras la Guerra Civil. Que una hija, a falta de hijos, acompañase a cazar al padre, supongo, sería más comprensible.

El capitalismo y la globalización de las últimas décadas, nos han traído las máximas del “estado de bienestar”, dentro de las cuales el ocio ha de disfrutarse en familia. Padres, madres e hijos/as acuden a cazar ocupando con ello el fin de



Ilustración 12 Cazadores junto a un jabalí abatido en Villar del Saz de Navalón el 18 de febrero de 1990. (Foto colección J. A. Domínguez.)

semana. Que hoy en día vayan al campo mujeres y niños casa bastante bien, como vemos, con la esta idea.

Adviértase que no todas las mujeres que van a una montería son cazadoras ya que en muchos casos están allí por acompañar al novio o marido y a los hijos, aprovechando para estar todos juntos. Pero ésta es también una vía de entrada en el mundo venatorio, ya que si la afición arraiga y persiste, nada ni nadie le puede impedir a una mujer hoy en día sacarse la licencia de caza y de armas, apuntarse a un coto y convertirse en cazadora. El mercado conoce esto y oferta “ropa de campo” femenina, orientada a la caza. No obstante, siendo realistas, aún persisten muchos de los prejuicios y clichés de género y a cazar siguen yendo numéricamente más hombres porque aún está en muchas cabezas la frase recurrente, tanto en esto como desgraciadamente en muchas otras cosas, de “eso no es de chicas”.

Físicamente un joven de 12 años es capaz de disparar una escopeta haciendo frente al retroceso apoyándose y encarando bien el arma. No es excusa para excluir de la actividad las diferencias físicas entre hombres y mujeres ya que los niños y las niñas tienen un desarrollo similar hasta la pubertad, siendo capaces de disparar ya antes y no precisándose para ello una gran complejión corporal. No hay armas

de mujer como tampoco hay armas de niño, utilizando todos los cazadores las mismas cuando, por edad y por ley pueden hacerlo. Tampoco andar es un impedimento en el que estén en desventaja las mujeres, ni los hombres desarrollan más puntería cuando aprenden a disparar.

En definitiva, por evolución de los conceptos de nuestra cultura, la caza hoy está orientada, además de a todos los escalones sociales, a hombres y mujeres de cualquier edad. Niños y niñas pueden iniciar el camino que lleva de no ser cazador a convertirse en tal. Pero todo lo que estamos comentando, quede claro, es "tradición" de unas cuantas décadas.



Ilustración 13 Una cacería actual. Hombres, mujeres y niños durante el sorteo de puestos. (Fotografía extraída de *Trofeo Caza y Conservación*, nº 437, octubre de 2006.)

V. QUIERO CAZAR.

Después de varios años acompañando a los mayores al campo, la afición se consolida. Ya se han visto muchos animales, se ha andado mucho, el niño tienen sus propias anécdotas y ha hecho muchos amigos y amigas con los que se sienta en la mesa al comer, con los que juega mientras los cazadores se toman algo en el bar del pueblo, con los que se identifica y con los que habla mientras los adultos están a sus cosas. Antes el objetivo era sólo acompañar al campo al cazador. Ahora, conforme va creciendo y es consciente de que se hace adulto también, va construyéndose otro nuevo: él ha de hacerse cazador tarde o temprano. Sabe además que el requisito a conseguir para convertirse en cazador es matar una pieza de Caza Mayor. Ya ha podido ver en alguna cacería o le han contado que quién lo consigue, es "hecho novio" y se le somete a una especie de rito de

iniciación, siendo motivo de alegría para el conjunto de los cazadores reunidos ese día y también excusa para celebrarlo con invitaciones, alcohol y comida. Pero hay que andar todavía mucho hasta cruzar la línea. El adiestramiento y la preparación para ello continúan.

Esto ya no es un juego

A determinada edad los niños dejan a un lado los juguetes. Tienen otras necesidades y su responsabilidad aumenta. Las escopetas de dardos ya no satisfacen a quien quiere ser cazador pero aún no está preparado para usar armas de fuego. Es posible que, aún siendo incapaces de levantar por ellos mismos una escopeta, un adulto les haya permitido dispararla sujetándolos por detrás, sólo teniendo que apretar el gatillo apuntando a un lugar seguro.

A adiestrar la puntería en serio y no como un primer contacto con tal habilidad, hablemos de mayores o pequeños, ayudan las carabinas de aire comprimido. Disparar plomillos con ellas y regularlas es infinitamente más barato que tirar con cartuchos o con balas. Es menos ruidoso y requiere menos espacio para evitar peligros. Entrenarse en el disparo, como todo gesto técnico, precisa de mucha repetición y una carabina o pistola de aire comprimido enseña y es de muy ameno uso. Se pueden adquirir tales productos por muy poco dinero y no se venden sólo en armerías, encontrándose en tiendas de deporte.

El Reglamento de Armas del Estado Español también habla de carabinas y pistolas de aire comprimido, porque éstas ya no son para nada juguetes y han de estar controladas. Algunos modelos tienen una potencia tremenda y sí suponen una amenaza real. El Reglamento hace una clasificación (Capítulo Preliminar, Sección III) de las mismas en función de la potencia del disparo. La categoría 3.3 (energía cinética del proyectil en boca excede los 24,2 julios) requiere autorización como si de un arma de fuego se tratase, permitiéndose su uso sólo en galerías de tiro, cotos de caza para actividades cinegéticas y espacios habilitados específicamente. Tanto las más potentes de la categoría 3.3 como las armas de aire comprimido de la categoría 4 precisan estar registradas con una "guía de pertenencia" estando así, digamos, censadas en la Intervención de armas de la Guardia Civil, aunque no requieran licencia de armas para su uso (Capítulo IV).

Aún no siendo legal utilizarlas en el propio domicilio, por supuesto en el patio o en el jardín, el riesgo que suponen es tan pequeño y son tan discretas que muchísima gente lo hace. El daño potencial de un plomillo es que se clave y la mayor desgracia que puede acaecer es que alguien pierda un ojo. El peligro existe, pero, debido a la poca potencia de estas armas, sólo es posible si se recibe un tiro

directo, ya que el rebote no es una gran amenaza. Con cuidado y responsabilidad, haciendo las cosas según unas normas, no tiene por qué pasar nada. Los jóvenes pueden asumir estos riesgos si se les ha concienciado del peligro y el protocolo de actuación con una escopetilla de plomos es el mismo, aún siendo menos peligrosa, que el utilizado con un arma de fuego. Hay unas "sanas manías" que, si se adquieren disparando una escopetilla, se mantendrán al utilizar un rifle. Algunas de estas normas de seguridad son:

- Mantener el seguro del arma hasta justo antes de disparar, no antes de encararla, y ponerlo inmediatamente después de efectuado el tiro.
- Andar siempre con el cañón apuntando al suelo ya que, en caso de un disparo accidental por tropiezo, mejor recibirlo o dárselo a alguien en un pie que en el pecho o la cabeza.
- No apuntar, ni en broma y aunque se sepa que el arma está descargada, a nadie.
- Usar el visor sólo contra el blanco, no como unos prismáticos, mientras esté montado sobre el arma.

Aunque también es ilegal, los niños matan pajarillos, palomas, lagartijas y roedores con estas armas sobre todo en los pueblos. Disparan a perros y gatos. Es algo a evitar y que no debe fomentarse por el daño que supone y que, aunque por un lado significa la primera experiencia de caza de animales, maleduca a los jóvenes en valores de respeto a la Naturaleza y acaba con muchos escrúpulos a la hora de quebrantar las normas en un futuro. Los animales contra los que se dispara ya no son de plástico y un plomillo no es inofensivo como un corcho o una ventosa. Esto ya no es un juego.



Ilustración 14 A) Carabina de balines Gamo Shadow 640, 82€; B) Carabina de balines Gamo 610, 105€; C) Diana cazabalines, para evitar rebotes y maximizar la seguridad, 9,50€; D) Visor para armas de aire comprimido 3-7x28, 25,90€. (Productos extraídos del catálogo 2004-05 de la Armería Álvarez, lámina del autor.)

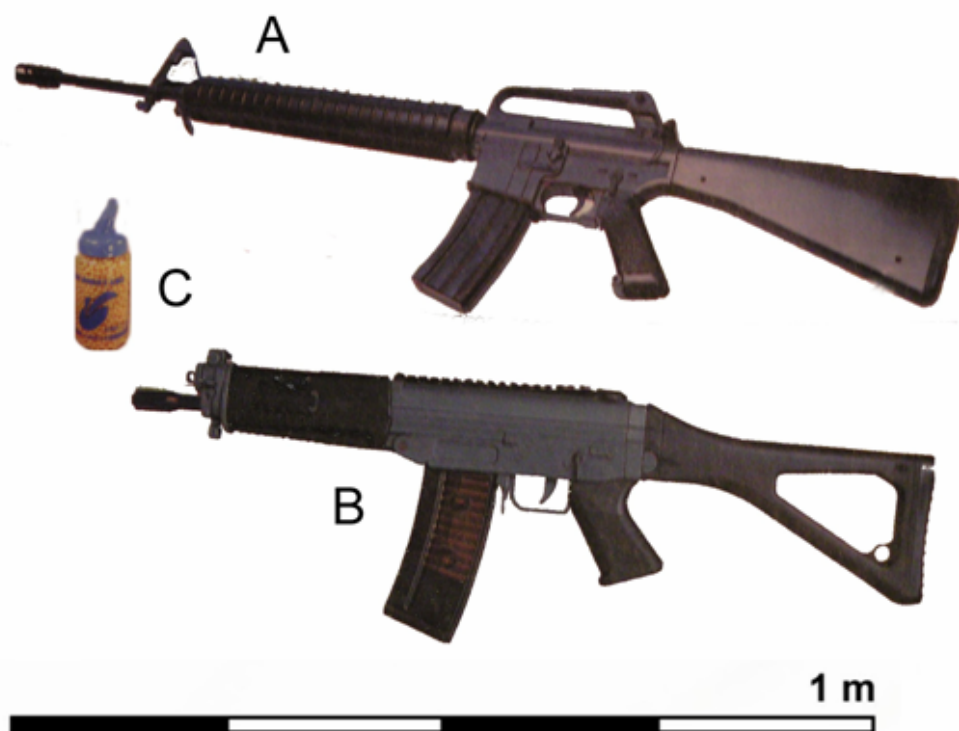


Ilustración 15 A) Carabina de bolas M-16 de 20 disparos, 89€; B) Metralleta de bolas Sig Sauer 552 de 20 disparos, 109€; C) Recambio de 2.000 bolas, 7,90€. (Productos extraídos del Catálogo 2004-2005 de la armería Álvarez, lámina del autor.)

Existe una alternativa de menor potencia y que se puede usar incluso por la calle y en el propio domicilio: las pistolas de tinta y de bolas. Adiestran la puntería a más corta distancia, pero son suficientemente precisas para demostrar la pericia disparando. El peligro también existe, pero se reduce sólo a los ojos y es imposible que alguien resulte herido porque se le clave una bola de plástico en una pierna. Estas armas son muy cercanas a los juguetes, teniendo realmente una orientación lúdica y no tanto deportiva; por eso reproducen armas de guerra, ametralladoras y pistolas, adquiriendo formas llamativas y originales. Aunque se mantienen con ellas muchas de las normas de seguridad, no es tan frecuente la supervisión de un adulto y las precauciones se relajan. Como se verá son relativamente baratas:

Estos últimos objetos sí son juguetes y como tales, aunque los armeros y las tiendas de deporte las demandan también a los fabricantes, se venden en algunas jugueterías; incluso he llegado a ver pistolas en puestos ambulantes, bazares, mercadillos y ferias.

No podemos dejarnos olvidada la dimensión virtual del juego en relación con la caza. Aunque yo no he sido muy amigo de estas cosas cuando era pequeño y me estaba aficionando a la caza (ni ahora), existen juegos de ordenador y videoconsola desde hace ya muchos años que simulan cacerías, recechos, esperas...

El público adolescente es consumidor frecuente y conozco algunos adultos ¡y ancianos! que pasan muchas horas delante de la pantalla empuñando teclados y mandos en vez de armas de fuego. Venden pistolas para videoconsola que permiten disparar interactivamente contra los blancos del monitor. Me parece atrevidísimo concederles a los medios virtuales un papel educativo serio en lo referente a la caza. Por eso: que cada cual les atribuya el valor que considere en ésta y otras dimensiones.

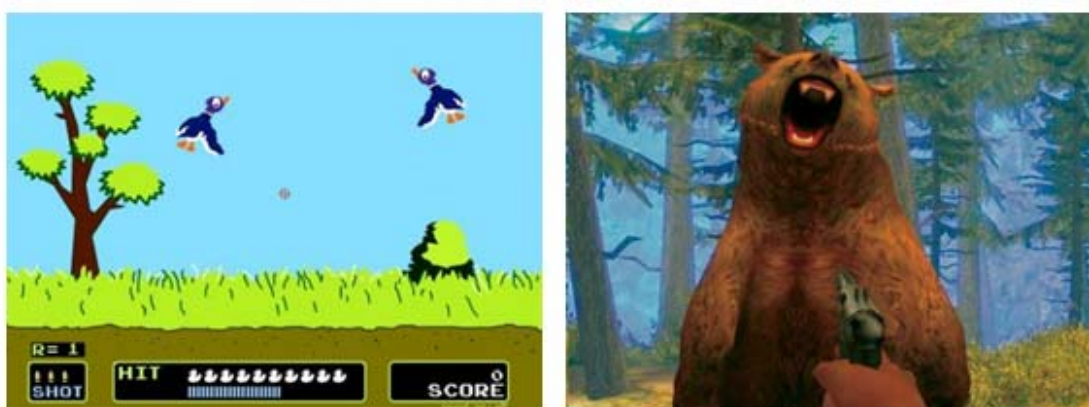


Ilustración 16 Izquierda: Pantalla principal del videojuego "Duck Hunt", popularísimo desde los años ochenta (imagen obtenida de Imágenes Google). Derecha: Los videojuegos evolucionan rapidísimo. En los últimos años han aparecido juegos como el "Dangerous Hunt", en 3D y que se anuncia en todos los catálogos y revistas de cazadores (foto obtenida de Imágenes Google).

A un niño de pocos años no se le podía dejar llevar un machete de campo, a un adolescente sí. Esto o una navaja. Un cuchillo en el campo es una herramienta muy útil.

De estorbo a ayudante

Con cuatro o cinco años se es un lastre a la hora de andar hasta el puesto. A algunos muchachos les cuesta muchísimo estarse quietos y callados durante varias horas y suelen delatar la presencia del oculto cazador, espantando inmediatamente a los animales. Juegan con otros compañeros y compañeras de su edad y se pueden hacer mucho daño. Además desobedecen y molestan a otros cazadores. Sin embargo se les sigue llevando al campo para que se acostumbren a él y poco a poco se van educando, portándose progresivamente mejor.

Conforme se van haciendo los acompañantes mayores resultan más útiles. Se les puede cargar con la mochila del almuerzo, ayudarán a arrastrar animales muertos y a procesarlos, se les utilizará como mano de obra en los cotos de caza a la hora de hacer comederos, bebederos, poner sal, construir torretas... Además conforme van aprendiendo a cazar servirán para ayudar a localizar las piezas, a identificarlas y a vigilarlas. Otro trabajo que pueden desempeñar es el de andar con los perros en las monterías, haciendo ruido para espantar a los animales hacia los puestos de los cazadores armados.

No olvidemos que el cazador que lleva a un niño o una niña al campo está asumiendo una gran responsabilidad al hacerlo. Tangiblemente no compensa y lo único que se obtiene de ello es el orgullo y la satisfacción de que el menor adquiera gusto y afición por la caza. Poco a poco va resultando útil llevarlo al campo, sí, pero no se hasta que punto económica o funcionalmente ventajoso. Acompañarse de menores al cazar es educarlos en la caza. Al igual que un hijo en nuestro sistema pocas veces termina devolviendo a sus padres o tutores lo que ha costado su formación hasta que se ha hecho independiente, instruir como cazador a alguien supone más gastos que beneficios. Pero es algo indispensable para que continúe la actividad ya que, una vez hechos cazadores, formarán a la siguiente generación y así sucesivamente.



Ilustración 17 Lauro en el centro, con el guía Álvaro y su hijo Lauro, mostrando un excelente muflón abatido en Teruel. (Foto extraída de la revista *Caza Mayor*, nº 92, noviembre de 2006.)

Guiar y recoger perros es una de las tareas más duras a desempeñar, pero que tiene su tractivo y que también realizan cazadores adultos atraídos por la caminata y por la oportunidad de enfrentarse más directamente con el animal salvaje acosado por las realas de perros.

Caza Mayor: Conocer y respetar a la presa

Cazadores son tanto los que se dedican a la caza menor (aves y pequeños mamíferos) como los que se dedican a la Caza Mayor. Nos interesa en este estudio sólo la Caza Mayor ya que la menor, por todo lo que iremos comentando, no tiene el mismo significado que la otra modalidad y por eso ni se busca el trofeo ni se celebrará la ceremonia de investidura como cazador con su práctica. Matar la primera perdiz no significa lo mismo que matar el primer ciervo. La Caza Mayor “es, efectivamente, el *doctorado* de la cinegética y la emoción que producen sus lances sólo pueden describirla los que la han vivido, con el corazón latiendo a un compás fuera de ritmo.” (Grassi, 1991: 203)

En la España de las Comunidades Autónomas el Estado y las regiones, con las competencias en Medio Ambiente transferidas años atrás, se permite la caza del ciervo (*Cervus Elaphus*), el gamo (*Dama Dama*), el corzo (*Capreolus Capreolus*), el jabalí (*Sus scrofa*), el macho montés (*Capra Pyrenaica Hispanica*), el muflón (*Ovis Musimon*), el rebeco cantábrico (*Rupicapra Rupicapra Parva*) y el sarrío pirenaico

(*Rupricapra Rupricapra Pyrenaica*). El lobo y el zorro también se pueden cazar, en algunas zonas muy contadas el primero, pero no adquieren el significado de las otras especies, siendo definidos como "alimañas", y por eso no nos interesan aquí. Recordemos que el lince y el oso están protegidos y que el toro y el caballo no son especies salvajes, sino más bien asilvestradas. Éstas son las especies con las que se puede uno hacer novio.

Ya hemos dicho que para convertirse en cazador hay que abatir una pieza de caza mayor. Para tener éxito no sólo hay que saber disparar. Hay que conocer el medio en el que vive y al propio animal: cómo es para distinguirlo camuflado en el paisaje, dónde duerme, cuál es su ciclo diario, cuál es su ciclo anual, de qué se alimenta, cuales son sus mecanismos de defensa, las cualidades en las que destaca y en las que se encuentra en desventaja para aprovecharnos de ellas tácticamente...

Pese a lo que se piensa, el cazador (incluso algún furtivo) llega a respetar al animal como contrincante. Y esto no es una excusa que justifique la actividad ante los detractores de la caza. Un jabalí o un venado adulto tienen una gran fiereza y heridos son muy peligrosos. Hay constatados muchos accidentes mortales en los que la víctima del encontronazo ha sido el ser humano. La precaución pasa por el respeto al animal. Por mucho que se diga que éste se encuentra en desventaja, las situaciones que se pueden dar cazando son infinitas y en algunas el hombre lleva todas las de perder. Hay muchas grabaciones y fotografías de cómo un venado o un jabalí acaban con la vida de los que más directamente se enfrenta a ellos cazando: los perros. Yo he sido testigo de varios de estos episodios de peligro, no mortales, que son muy frecuentes.

Quiero destacar la idea del respeto al animal salvaje grande porque es lo que activa el tema que aquí nos interesa: el tránsito se centra en acabar con la vida de uno. Este acto, se deriva, ha de tener un significado especial y un peso simbólico importante para los cazadores. Que la comunidad cazadora no desprecia al animal como mera fuente de carne o blanco sobre el que realizar un disparo más o menos difícil, se demuestra por dos vías:

- El trofeo, que es algo cuya exposición y ostentación pública enorgullece al cazador y sirve como recuerdo propio de una gran hazaña personal.
- El ritual de hacer cazador o "novio" a alguien tras haber matado su primera pieza de caza mayor, hecho que se define como punto de inflexión.

Sería absurdo considerar por ejemplo un ciervo un trofeo y adornar con él las paredes del propio hogar si su captura no fuera considerada meritoria y al animal algo a admirar antes y después de su muerte. Si sólo se buscara el morbo de la sangre, un buen disparo o la carne que se obtiene de la caza: las fotos y los trofeos iconográficamente serían otros.

Un cérvido (gamo, ciervo, corzo...) es mejor trofeo en función de su potencia biológica desde un punto de vista darvinista, según sea más competente en la naturaleza; por eso se buscan los machos grandes con mejores cuernos y que en los celos son los triunfadores que más se aparean. Al ciervo "entre los cazadores, ya en tiempos de Alfonso X el Sabio se le considera el más noble trofeo de la montería. Gran parte de esta justa fama del ciervo se debe sin duda a la posesión de las poderosas defensas que adornan la cabeza de los machos." (Rodríguez de la Fuente, 1991: 1353) Desde marzo-abril los ciervos "desmogan" o sueltan las cuernas y poco antes dejan de ser cazados, veda que se instituye por ley, puesto que ya no ofrecen atractivo alguno. Los jabalíes se valoran por su peso y por la longitud de los colmillos en los machos, armas que los hacen más peligrosos, más fieras salvajes. Es curioso y apoya esta tesis el hecho de que las hembras de cérvido, sin cuernos y que no suponen amenaza, no se cotizan más que por su carne, no significando un trofeo. El rebeco no pierde sus cuernos, van creciendo y engordando un poco cada año, al igual que los de las cabras o los muflones. Entre los rebecos, "contrariamente a lo que ocurre con los cérvidos, las hembras también están dotadas de cuernos; la única diferencia respecto al macho está representada por su sección y su longitud" (La pasión por la Caza, 1993: nº 12, 182) y por eso las hembras también son trofeos. A las hembras de jabalí, aunque no tengan los mismos colmillos largos de los machos, cuando son muy grandes, se les extraen los dientes y se les da el mismo tratamiento que a los de macho, engarzándolos en un collar o en una tabla para la pared. Si no se buscara matar a un animal grande, potente y admirable y, como decíamos, se cazara por el placer de matar o la obtención de la carne, los trofeos que se pretenden y se ostentan no tendrían razón de ser y los cazadores intentarían matar el mayor número de piezas posibles (como ocurre en la caza menor) y buscarían las reses que más carne proporcionasen, fueran cuales fueran sus cualidades.

Todo esto se va asimilando durante el aprendizaje. Son valores y como tales los crea, los mantiene y los enseña la comunidad cazadora. Los trofeos en la pared, aprender a valorar por qué uno es mejor que otro, son conceptos que fundamentan el sistema. Cuando un cazador invita a otro a su casa quiere que él y sus hijos sepan apreciar su valía dentro de la afición común a través de lo que cuentan las cabezas de sus paredes.



Ilustración 18 Una de las esquinas del salón de trofeos de J. Villar y sus hijos. Vemos expuestos, de izquierda a derecha: dos gamos, un macho montés, unos colmillos de jabalí (detrás de los cuernos) y un excelente ciervo. (Foto del autor.)

Un corzo, un macho montés, un muflón, un sarrío, un rebeco, un gamo, un ciervo y sobre todo un jabalí son animales bellos. Pero no hay que olvidar que son salvajes y como tales suponen un peligro. Tener siempre presente esto no solamente le sirve al cazador para obtener una mayor satisfacción personal tras el éxito en un lance. Es necesario no olvidarlo para prevenir los accidentes derivados de la infravaloración del contrincante, por mucho que un arma de fuego sea una amenaza terriblemente poderosa y un cuchillo de acero más efectivo que una defensa de diente o de cuerno.

Así, por ejemplo, para el ciervo la época del año en la que su actividad es mayor es el mes de septiembre, siendo este el momento del celo, comúnmente conocido como "berrea" por el bramido con el que los machos reclaman a las hembras a sus territorios y llaman a otros machos para que luchen contra ellos por copular con éstas. "Toda persona familiarizada con el celo de los ciervos sabe que, en tal época, son animales realmente peligrosos capaces incluso de embestir a un ser humano." (Rodríguez de la Fuente, 1991: 1346)

Alonso Martínez del Espinar hace siglos, en su obra *Arte de Ballestería*, destacó de forma muy gráfica lo peligroso que podía llegar a ser un macho de jabalí:

“Es éste por su naturaleza muy bravo, valiente y ejecutivo cuando se ve acosado; tan dañino que su ferocidad compite con la de los más fieros animales; en su defensa nada teme; sus armas son dos colmillos en las quijadas de la parte de abajo, con otros dos dientes en las de arriba, que llamamos remolones; estos colmillos en tiempos de necesidad los aguza en el remolón, y pone tan agudos, que tirando un golpe a un caballo le corta las cerdas en el aire, cosa que se ha visto muchas veces; para hacer la herida saca hacia fuera la quijada de la parte que tira el golpe, y todo lo que hinca carga sobre ello el remolón, y lo que coge en medio lo corta con tanta sutileza como si fuera una navaja, y por eso los colmillos del jabalí entre ballesteros y monteros tienen ese nombre.

Cuando está colérico no hay á qué comparar su soberbia; los ojos le revientan en sangre, la boca llena de espumas, sus golpes son muchos, sus heridas muy grandes, que yo he visto de una herida de un jabalí cortadas cuatro costillas a un perro, y de otra echar las tripas fuera a un caballo con la facilidad que pudiera un toro, y cortarle a otro perro el espinazo y dejarle partido sin que pudiese menearse de allí, que con una espada de á caballo parece dificultoso. Hay jabalí que le sueltan una montería de veinte sabuesos y lebreles, y mata a los más dellos y se escapa. Los jabalíes han muerto a muchos hombres: queriéndose llegar a ellos cuando están perseguidos, han quedados hechos pedazos.”
(Martínez del Espinar, citado por Félix Rodríguez de la Fuente)



Ilustración 19 Jabalí macho acosado y girando para cargar contra el cazador, que está preparado para disparar. (Foto extraída de la colección *La Pasión por la Caza*.)

Habrá quedado claro por qué matar por primera vez a una especie de caza mayor implica, desde la perspectiva del cazador, tal importancia que merece un ceremonial propio que rubrique su significado y por qué marca un antes, un después y un “paso” en la trayectoria de formación del aficionado.

Requisitos

Ya hemos dicho que en cazador se puede convertir tanto un chico como una chica. Para disparar un arma de fuego hace falta licencia de armas. Ésta sólo se concede en España a los mayores de edad. ¿Hay que esperar a tener dieciocho años para poder cazar? Existe un permiso especial de armas para menores, mediante el cual pueden utilizarlas con fines deportivos tutelados por adultos con licencia de armas ordinarias. Tal permiso se concede igual que los comunes para rifle y escopeta, habiendo que superar un examen teórico-práctico y una prueba psicotécnica. Esto es lo que dicta la ley al respecto:

ARTICULO 109. 1. Los españoles y extranjeros, con residencia en España, que sean mayores de dieciséis años y menores de dieciocho, podrán utilizar exclusivamente para la caza o para competiciones deportivas en cuyos Reglamentos se halle reconocida la categoría junior, pero no poseer ni

llevar dentro de las poblaciones, armas largas rayadas para caza mayor o, en su caso, de la categoría 3., 1, siempre que se encuentren en posesión legal de una autorización especial de uso de armas para menores y vayan acompañados de personas mayores de edad, 16 con licencia de armas D, E o F, que previamente se hayan comprometido a acompañarlos y vigilarlos en cada cacería o acto deportivo.

2. Con las mismas condiciones y requisitos, los mayores de catorce años y menores de dieciocho podrán utilizar las armas de la categoría 3., 2, para la caza y las de la categoría 3., 3, para competiciones deportivas en cuyos Reglamentos se halle reconocida la categoría junior, obteniendo una autorización especial de uso de armas para menores.

3. Las autorizaciones especiales de uso de armas para menores tendrán validez hasta la mayoría de edad de sus titulares, sin necesidad de obtener renovaciones, y será competente para concederlas el Director general de la Guardia Civil.

... (Reglamento de Armas. Capítulo V, Sección II)

Además de la licencia de armas o el permiso para menores, es necesaria la licencia de caza de la comunidad autónoma donde se vaya a realizar la actividad y el seguro obligatorio correspondiente.

No nos vamos a engañar: hay muchos jóvenes que matan su primera pieza de caza mayor antes de haber cumplido los catorce años. Otros, teniéndolos, de lo que carecen es de la licencia de armas. Suele pasar que el cazador permita disparar al animal durante un rececho o una montería a su joven acompañante. Pero esto no es legal y, habiendo abatido a la pieza una persona no autorizada, la acción se convierte automáticamente en furtiva. Nosotros vamos a tratar el camino legal y por eso colocamos como paso previo al lance de matar el primer animal el haber obtenido la licencia de armas y haber cumplido, como mínimo, catorce años.

¿Dónde está la cultura material entre este lío de normas, permisos y autorizaciones? Nótese que teniendo de catorce a dieciséis años, el arma que la ley permite usar bajo la supervisión de un adulto es de la categoría 3, es decir: una escopeta. Los mayores de 16 años pueden obtener permiso para usar rifle. Entonces: el cazador de catorce y quince años habrá tenido que matar su primera pieza de caza mayor, si lo hace dentro de las normas, con una escopeta.

Para los profanos en el tema, hay que comentar que las escopetas son armas de fuego largas menos potentes que los rifles. Están pensadas para la caza menor y por eso disparan una lluvia de perdigones. Como es imposible abatir a un animal grande de esta forma, existen cartuchos que disparan un solo proyectil, que

acapara todo el impulso de la detonación. Aún así las desventajas que plantea una escopeta con respecto al rifle son dos: menor alcance y menor precisión. Ello hace que matar una pieza de Caza Mayor sea más difícil con una escopeta, pero no imposible ni raro, por supuesto.

El rifle es el arma óptima para la Caza Mayor. Permite una gran precisión en el disparo y montar un visor como complemento para optimizarla. Las balas que dispara sirven para alcanzar objetivos a grandes distancias, siendo igual de efectivas a cortas. Al contrario que la escopeta, ambivalente para Caza Mayor y menor, el rifle es un arma inútil con animales pequeños porque sólo dispara un proyectil con el que es difícilísimo atinar a un blanco de pocos centímetros en movimiento (volando o corriendo). De hacerlo la potencia del impacto lo destroza completamente, siendo inservible la pieza y absurdo el haberla abatido con fines cinegéticos.

Nótese entonces que quien se disponga a cazar un animal grande con una escopeta tendrá que estar muy cerca de él. Sólo se logra estar tan próximo al blanco cuando se caza en montería (con perros), siendo más difícil conseguirlo cazando en espera (oculto hasta que el animal llegue) o mediante rececho (buscando al animal y acercándose el cazador a él por sorpresa).



Ilustración 20 A la izquierda balas de rifle del 30.06, disparadas las dos de arriba y sin disparar las dos de abajo. (Foto del autor.) A la derecha cartuchos de escopeta. Rojo y verde: del 12, para caza menor; blancos: cartuchos de escopeta para Caza Mayor; azul: cartucho de caza menor disparado. (Foto del autor.)

Nuestros protagonistas aquí, los jóvenes futuros cazadores, están ya preparados. Tienen la licencia de armas y se han visto obligados para ello incluso a superar un examen teórico similar al de la licencia de conducir, con unos arduos temas a estudiarse, y uno práctico más sencillo en el cual deben disparar a unas dianas. Vemos que no es capricho de dos días lo de querer ser cazador, habiendo de desearlo con cierta intensidad para que compense tanto esfuerzo. Por eso lo más normal es que lleven acompañando a cazar a los mayores desde niños y que se

hayan aficionado al deporte y al campo durante varios años, conformándose en ellos y ellas la intención de ser cazadores progresivamente.

VI. EL ÚLTIMO PASO.

No es ritual: es una "costumbre"

He estado mintiendo desde el principio mismo del trabajo. En el título anunciaba que iba a tratar los "rituales de paso" de los cazadores españoles actuales, pero voy a faltar a mi palabra y sólo voy a hablar, como lo llevo haciendo ya unas cuantas páginas, sobre el "paso" y no del "ritual". Me explico: más que rito, la ceremonia de iniciación entre los cazadores aficionados es una "costumbre".

Como nos estuvo explicando la profesora Almudena Hernando en la clase de Etnoarqueología del 10 de Enero de 2007 (asignatura optativa de Segundo Ciclo de la Licenciatura en Historia, especialidad de Prehistoria, en la UCM), el ritual supone una carga mágico-religiosa por definición. De no tenerla no es ritual. Dudo mucho que alguien se haga en España cazador por convicción religiosa... Entonces... debería haber titulado este documento como "Costumbres de paso entre los cazadores españoles actuales". Pero estamos viendo y vamos a ver que el proceso encaja perfectamente dentro del concepto que Van Gennep bautizó como "rito de paso". ¿Habremos descubierto aquí el concepto antropológico de la "costumbre de tránsito"?

Con el arma en la mano

Cuando lo tenemos todo, comienzan las intenciones de pasar a ser cazador. Téngase que no todos los días en los que se sale de caza se mata. La mayoría ni se dispara. Porcentualmente las jornadas de éxito son menos.

Es aquí donde podemos colocar la etapa liminar del paso. Veamos: una vez aficionado a la caza, el individuo pasa por la situación de aprendiz como acompañante durante algunos años hasta que está preparado y se le autoriza a portar armas y ser cazador; cuando sale al campo armado, cuando está buscando o esperando a la presa, está adoptando ya el papel de cazador. Ha pagado el puesto o el permiso como un cazador más. Pero aún no es cazador: no hasta que mate su primera pieza. Es un momento de desconcierto ya que se está desempeñando un papel totalmente nuevo, habiendo jugado con el anterior durante muchos años y dominándolo a la perfección. Un día no se tiene éxito, al siguiente fin de semana se falla por la inexperiencia, al siguiente no pasa ni un solo animal por el puesto, al

otro nos hemos dado una caminata detrás de un macho y se nos ha hecho de noche antes de alcanzarlo... Esperar, esperar, esperar... Si esto pasa cuando ya se es cazador y se desea acabar pronto con la racha, podemos pensar que tal cosa se acentúa por el paradigma mitificado de la "primera vez".

Hasta que un día, sin esperarlo: un disparo y el animal cae al suelo. Se busca mediante el rastro de sangre, pues se ha ido herido unos doscientos metros, y finalmente se encuentra. Es toda una alegría y lo primero que hace, evaluada por supuesto la captura, el acompañante es darle la mano al cazador, rubricando el solemne momento con la sentencia: "enhorabuena."

Aviar al animal

Sea el primer animal que se mata o ya sea uno de tantos, hay que procesarlo por razones prácticas. Es decir: para poder transportarlo del lugar de la muerte al coche hay, por lo menos, que eviscerarlo y cortarle la cabeza por economía de espacio. Esto se hace de forma similar con todas las especies, menos con el jabalí, al que no se le corta la cabeza ya que forma una unidad más compacta con el cuerpo y no estorba tanto al colgar inerte como en las especies de cuello largo.

Cualquiera ha de saber hacer esto, ya que es necesario retirar lo inservible por imperativos higiénicos. Se aprende a eviscerar antes de ser cazador, ya que es una de las tareas de los acompañantes y de los jóvenes. Otra cosa es que se sea "demasiado señorito/a" para mancharse las manos de sangre. Se hace con más o menos maña ya que no todos los aficionados son carniceros y no se evisceran tantos animales al año como para optimizar la tarea.

Vamos a analizar el proceso hasta cierto punto. He visto y he eviscerado muchos animales cazados, pero no podemos entrar en un estudio tafonómico de detalle sobre las marcas que quedan, ni contarlas.



Ilustración 21 Resultado final: apertura en canal para el eviscerado. Cierva cazada en Uña (Cuenca) en diciembre de 2006. (Foto del autor.)

Se necesita un cuchillo y un hacha, elementos que siempre han de ir en la mochila. El cuchillo es el de monte, que se usa también para rematar a los animales heridos y que puede estar provisto de muescas y sierras, complementos funcionales de la hoja muy útiles para esta tarea. El hacha no puede ser muy grande ya que ha de transportarse siempre en la mochila y el peso sería un inconveniente. De cualquier forma, aunque indispensable, no va a tener un trabajo duro por delante y que requiera grandes proporciones ni fuertes golpes. Se coloca el animal con las patas para arriba:

- Con cuidado de no dañar los intestinos (si el tiro no lo ha hecho ya) para evitar el desagradabilísimo olor que ello supondría, se pincha con el cuchillo bajo el esternón y en línea recta se corta la piel desde aquí hasta los genitales. Para hacer esto sin afectar a los órganos y de forma rápida se va tensando con los dedos índice y corazón de una mano la piel y con el instrumento en la otra se dan tajos ascendentes entre los dedos, con cuidado de no herirse.

- Lo siguiente es cortarle el ano y los genitales al animal, sea macho o hembra, con un poco de piel. El hueso que hay aquí se golpea con el hacha para que queden más separadas entre sí las piernas traseras y la apertura del canal resulte más ancha.

- Una vez despejado el esternón se coge el hacha y se rompe a golpes el pecho hasta el cuello. Se liberan así todos los órganos.

- Se corta la cabeza con el hacha y se abre longitudinalmente el cuello para soltar el esófago y la laringe, quedando ya separadas todas las vísceras si estiramos.
- Se le da la vuelta al animal, que queda vacío. Se mantiene en esta posición unos minutos para que pierda toda la sangre, engorrosa si se ha de transportar el cadáver en un coche particular.



Ilustración 22 Izquierda: Cabeza de ciervo cobrado en la cacería de Uña, cortada para hacer un trofeo de cráneo descarnado. (Foto del autor.) Derecha: Muñones tras la extracción de las patas con el procedimiento descrito. (Foto del autor.)

- Las patas se utilizan para hacer percheros, botelleros, sillas, mesas y otros muebles y manualidades. También son un trofeo, o un recuerdo, sobre todo cuando se trata de hembras. Por eso y para que sea más manejable el animal se le amputan "las manos" a la altura de la segunda articulación, no con el hacha sino cortando los tendones con el cuchillo alrededor de la articulación, que se luxa hasta que se parte y se separen los dos segmentos, evitando dañar el hueso.
- Para facilitar el arrastre se suele practicar una incisión entre los tendones y el hueso de las patas traseras por donde quepan las manos, que se utilizan para pasar cuerdas o directamente como asidero.
- Si la cabeza es de hembra, y no tiene cuernos como las cabras montesas o los rebecos, se quedará en el campo. Si es de macho se llevará a casa. Pero hay que concretar que existen dos formas de procesar las cabezas según se pretenda el trofeo. Cuando se quieren el cráneo y los cuernos se separa la cabeza de las vértebras con el hacha, directamente, puesto que después se va a descarnar y cocer para que quede limpia de restos percederos; si se pretende un trofeo disecado con piel, el cazador ha de dejar unida a la cabeza la totalidad de la piel del cuello, hasta el pecho, desollándola en el campo con el cuchillo para luego separar el cuello del cráneo con el hacha sin dañar la piel. Hay quien disecciona al animal entero, proceso carísimo, y en este caso, tras el eviscerado, ni se corta la cabeza ni se cortan las patas. Al jabalí, antes de entregarle el cuerpo al carnicero, se le quita el morro con el hacha si no se quiere diseccionar la cabeza entera ya que el trofeo de

macho y hembra son los colmillos, que se separan y se colocan en tablillas de forma que destaque su longitud.

En el campo quedan las vísceras, para que se alimenten de ellas otros animales, y la cabeza si no es trofeo. En ocasiones se descuartiza al animal y se desuella en el monte ya que el lugar donde ha ido a morir imposibilita el arrastre. Otras veces, desgraciadamente, no se puede ni hacer eso y hay que conformarse con poder rescatar sólo la cabeza. Hay cazadores que toman en exclusiva la cabeza y dejan el cuerpo para eludir el trabajo del procesado, prohibiéndose en ocasiones esto por ser un desperdicio de carne vergonzoso. La cabeza termina en el taxidermista, aunque hay mañosos que la descarnan y la arreglan en casa, ahorrándose mucho dinero. La carne se suele convertir en chorizos en todas las especies, porque es lo más fácil de obtener, conservar y regalar. El disparo estropea mucha materia, más si para abatir al animal han hecho falta varios. La piel del lomo y patas también se rescata si no está muy agujereada por la misma causa, extrayéndose no en el campo y sí ya en casa antes de enviar el cadáver al carnicero o pidiéndole a éste que la conserve al retirarla. Se le aplica sal por el interior y se deja secar.

El estudio del eviscerado es un trabajo típico de la Etnoarqueología, cuanto ésta se dedica a episodios de caza. Así, por ejemplo Manuel Domínguez Rodrigo ha trabajado con pueblos africanos preindustriales para poder, gracias a la analogía, especular sobre caza o carroñeo en el origen de la humanidad (Domínguez-Rodrigo, 1996, por ejemplo). Pero me gustaría traer aquí cómo procesan una pieza de caza mayor los nukak americanos. Según Gustavo Politis (1996: 234-242) esta comunidad de cazadores recolectores captura con bastante frecuencia pecaríes, dedicándose a la tarea principalmente por motivos alimenticios. Tras quemarles el pelo evisceran y descuartizan al animal mediante la siguiente secuencia:

- a) Se cortan los cuartos delanteros y se los separa de la cabeza.
- b) Se corta la cabeza y se desecha.
- c) Se corta la musculatura abdominal y se exponen las vísceras.
- d) Se cortan los testículos y la cola.
- e) Se cortan cuero y músculos desde la garganta a lo largo del pecho, liberando así la otra parte de las vísceras.
- f) Los dos cortes de la "sobrebarriga" son a su vez seccionados.
- g) A través de un corte en la región lumbar se separan los cuartos traseros junto con la pelvis. Luego son separados entre sí y se seleccionan algunas vísceras, descartándose los intestinos, el estómago y otros órganos.

Como podemos ver lo primero que hacen los nukak es cortarle la cabeza al cadáver. Además se llevan al campamento para consumirlas algunas de ellas. Estas



Ilustración 23 Izquierda: Cuchillos de monte con sus fundas de cuero. La mayoría de estas armas están enmangadas con cuerna de gamo o ciervo. (Foto del autor.) Derecha: Hacha (o "hachuelo") utilizada para el eviscerado y el descuartizamiento de piezas de caza. (Foto del autor.)

cosas alejan el modelo del patrón empleado hoy en día en España. Saco la conclusión de que no hay una forma universal de eviscerado, para todas las épocas y reglado por imperativos funcionales. Empezar por cortarle la cabeza o las patas al animal, antes o después de abrirlo en canal, es indiferente en términos prácticos. Aquí entra la cultura y la costumbre de hacerlo de una manera o de otra, las formas de actuar según se hayan aprendido. Otra vez precaución con las analogías, elecciones culturales y cadenas operatorias...

Hemos dicho que eviscerar al animal es algo imprescindible tras abatirlo. Resulta desagradable en cuanto a engorroso, pero no tanto en cuanto a cruento ya que los cazadores, salvo algunas excepciones de individuos muy escrupulosos, se han acostumbrado a ver la escena como el carnicero o el cocinero a descuartizar reses. Acostumbrarse a esto es parte de aprender a ser cazador y el que tenga algún escrúpulo en este sentido lo tendrá difícil. Por eso soy consciente de que a la mayoría de personas ajenas al mundo de la caza le resultará duro y asqueroso el proceso, y si se es sensible e impresionable lo pasará mal al ver las imágenes de vísceras y sangre.

Nos interesa la diferencia que existe entre eviscerar al primer animal de la historia de un cazador y cualquiera de las piezas posteriores. Cuando se estrena

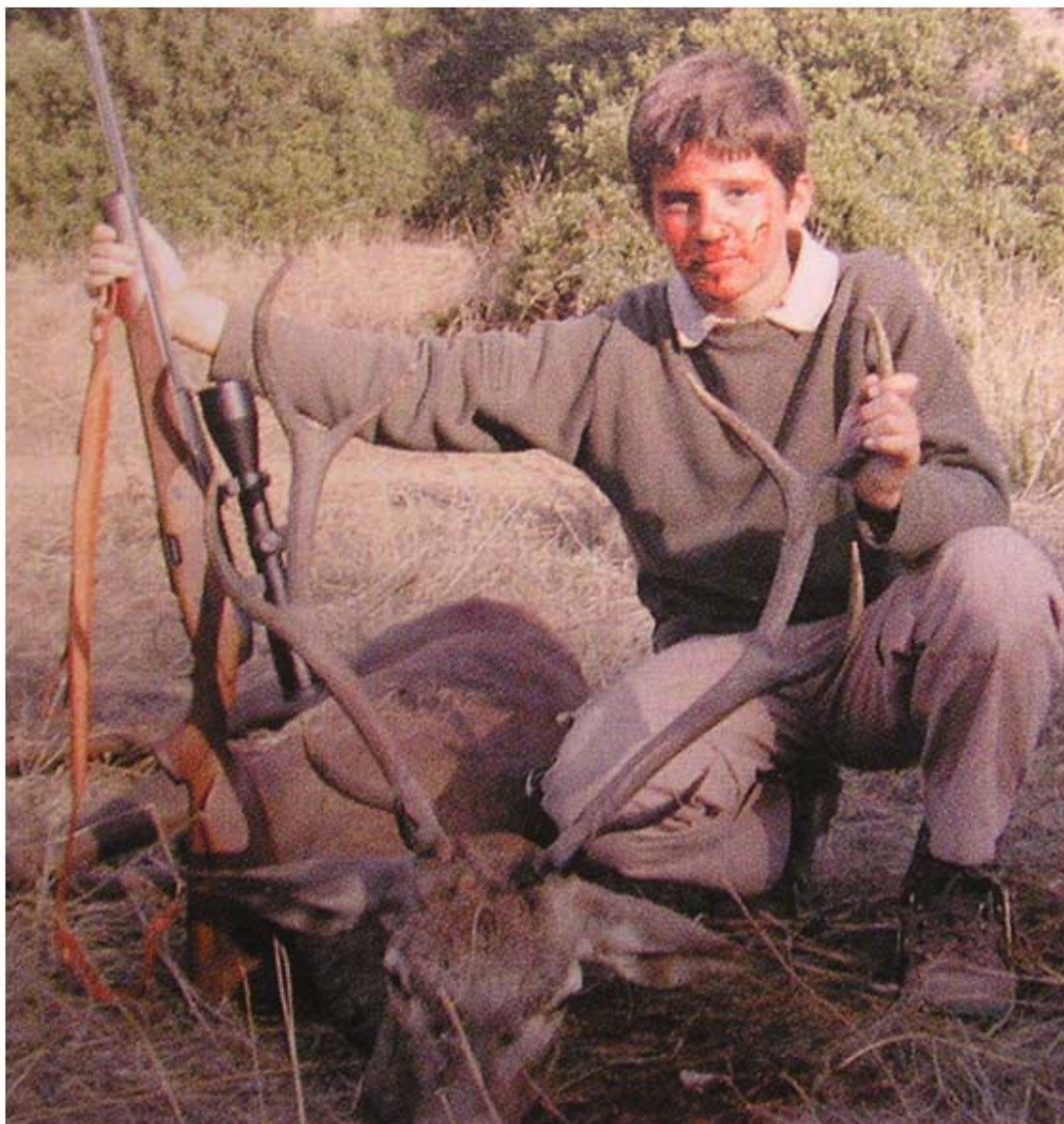


Ilustración 24 Javier Molina se hizo novio el pasado 15 de octubre con un vendado de Nava el Sach. (Foto *Trofeo Caza y Conservación*, nº439 diciembre de 2006.)

alguien se celebra el evento de “hacerlo novio” o “novia” antes, durante o inmediatamente después del eviscerado.

La ceremonia

El nuevo cazador procesa al animal junto a un cazador veterano, que será el padrino. Este se mancha las manos de sangre y unge con ellas la cara del novato, buscándose la gracia de ponerlo perdido. Esta escena se fotografía.

La acción básica es la de la unción con los fluidos vitales del animal abatido. “La sangre, además de su importancia fisiológica, tiene una significación mitológica y

simbólica. Se ha asociado con la vida y el alma, con los cultos solares y la recolección de las cosechas, con la juventud y el deseo de inmortalidad. [...] Las comunidades arcaicas se dieron cuenta de la importancia de la sangre. Los heridos se debilitaban al perder sangre, y de los cadáveres no brotaba sangre. La conclusión parecía evidente: la sangre es la vida..." (Esteva, 2005: 108) Las sustancias orgánicas "están imbuidas de una fuerza divina o esencia vital cuyos poderes mágicos o sobrenaturales pueden transmitirse por distintos métodos, pero sobre todo mediante la ingestión y el contacto externo [...] del mismo modo que al comer la carne y beber la sangre de un animal sagrado, el cazador, el chamán u otros miembros de la tribu se apoderan de su fuerza vital, la aplicación externa de la grasa o de los atributos de la víctima sirven para transmitir su fuerza divina y para entrar en comunión con ella." (Pijoán, 2005: 111) Los cazadores españoles no hacen esto por absorber el espíritu del animal, ni le dan consiente y principalmente este significado a la sangre o a la unción; aunque seguro que se unge a los nuevos cazadores como reproducción de otros ritos de paso actuales y occidentales donde sí se hacen tales cosas a propósito y con un simbolismo religioso: el Bautismo y la Confirmación del Catolicismo. Son los dos últimos verdaderamente rituales y no el acto de "hacer novio al cazador", una tradición en realidad, por lo que comentábamos al principio del capítulo.

Tras la unción se es cazador. Pero hay cuadrillas de aficionados, dependiendo de las zonas, que complican y hacen más pintoresco el protocolo. Tenemos casos donde se coloca un plástico o lona alrededor de todo el cuerpo del novel, atándolo como si fuera una crisálida y dejando fuera la cabeza para pringar de sangre esta parte descubierta. Hay quien corta las orejas del animal (si no es un jabalí) y se las coloca al novio o novia. Hay casos en los que se coloca la piel desollada sobre la ropa a modo de capa... El caso es manchar al nuevo cazador de una forma u otra con sangre. La víctima de todo esto, y no me refiero al animal, no ha de tomarlo a mal ya que sabía que le iba a pasar esto; lo soporta contento ya que significa su entrada como miembro en la comunidad cazadora. La sonrisa aparentemente resignada, pero sincera, de muchas fotos es la prueba.

Tengo noticia de cazadores que han evitado la iniciación por no mancharse. Pero matar su primera pieza ha significado realmente para ellos convertirse en cazador. Aquí reside lo importante, pues la ceremonia tiene un carácter festivo más que mágico-religioso o místico. Aunque lo simbólico tiene importancia, queda supeditado a lo que podemos denominar "la novatada" de ser manchado de sangre. Tras ello, en el lugar concertado para la comida o en el bar del pueblo, se aprovecha para celebrarlo. Invita el novio, o su padre o tutor en caso de ser joven

y no disponer de efectivo suficiente para convidar a todos los cazadores a comer, almorzar, a copas, cafés y/o tabaco.

Víctor Villar, hijo, amigo y hermano de cazadores, se hizo novio el 4 de enero de 2001. Llevaba acompañando a su padre a cazar todos los fines de semana desde que tenía cuatro años, jugaba a cazar, veía vídeos y leía revistas, disfrutando de las historias que los cazadores veteranos le contaban... Se sacó la licencia de armas cuando aún no era mayor de edad y se dispuso a entrar en el gremio cinegético. Lo consiguió en Villar del Saz (Cuenca) abatiendo a un excelente jabalí macho de unos 90 kilos de peso. Su padre fue quien lo hizo novio. El día 5 de diciembre de 2007, seis años y un día después de su investidura, recordaba perfectamente el episodio. Cuando le pregunté si le importó que le manchasen la cara de sangre me dijo que no y que, por supuesto, estaba contentísimo de que lo hicieran por lo que ello significaba. Los colmillos de su primer jabalí se exponen en la pared de su casa.



Ilustración 25 Izquierda: Víctor Villar el día que se hizo novio, contento y con la cara manchada de sangre. (Foto colección José Villar) Derecha: trofeo de jabalí. El primer animal de Caza Mayor que mató Víctor. (Foto del autor.)

Novios y novias mayores de edad

Es el fin del camino. Éste habrá sido más o menos largo, como decíamos al principio, en función de si se ha comenzado a acompañar a los cazadores desde niño, desde joven o desde adulto. Por ejemplo yo fui de caza, relativamente tarde, a los ocho años. La afición tradicional de mi familia ha sido la pesca deportiva y contamos en nuestras filas incluso con campeones regionales y de España. Mi abuelo no cazaba. Mi padre tampoco y un primo suyo lo inició cuando tenía treinta años. Sólo yo he pasado por todas las etapas que hemos comentado. Hay familias cuyos miembros llevan cazando de generación en generación desde hace siglos, conservando armas, fotografías y trofeos antiquísimos. Unos han pasado de ser cazadores de caza menor a engancharse a la Mayor después de muchos años. Tengo amigos que empezaron más tarde que yo, otros que, aunque han ido al campo desde niños, no se han aficionado a la caza e incluso les desagrada; a otros,

que no los han querido llevar al campo nunca sus padres, les habría gustado practicar la actividad. He leído en revistas testimonios de mujeres que, cansadas de que sus novios y maridos no pasaran los fines de semana con ellas por ir al campo, les acompañaron un día y se han aficionado, convirtiéndose en cazadoras por este camino y no por educación desde pequeñas. Supongo que también habrá habido novios y maridos a los que aficionaron sus compañeras. Ya he dicho que la existencia de cazadoras, aunque hay menos, se encuentra totalmente normalizada hoy en día y son sometidas a lo mismo que los hombres.

Sea como sea, la costumbre de "hacer novio" a alguien no se realiza sólo con jóvenes. A mi padre lo iniciaron con treinta años. Igual que a él a muchos otros y otras. El ser mayor puede hacer que se quiera evitar verse sometido a la ceremonia y tal cosa se consiga. Las personas con poco sentido del humor, como nos podemos imaginar, se pueden tomar a mal ser manchadas de sangre y experimentar la burla que esto significa. Se llegan a dar tristes discusiones que mancillan el buen ambiente de la ocasión. Otras veces la resistencia del bautizado en sangre termina cómicamente con la victoria sobre el neófito del resto de los cazadores y ello añade gracia a la situación.

Me consta que el mal llamado ritual de "hacer novio" no es algo ancestral. A Julián Navalón, amigo mío y de mi padre, cazador veterano y de tradición familiar, le pregunté con motivo de este trabajo: "¿Cómo te hicieron novio?" Me respondió sencillamente: "Cuando yo maté mi primer bicho, eso no se estilaba." (Comunicación personal diciembre de 2006.) Conozco que abatir la primera pieza de caza mayor significó para él convertirse en cazador, pero no se hacían novios en ese tiempo o no se hacían siempre. Puede que la ceremonia se fuera popularizando desde hace cuarenta años a esta parte hasta generalizarse, que tenga algo de moda.

El recuerdo y el trofeo

Siempre es bonito regresar a casa con un recuerdo de una buena jornada en el campo, aunque no se haya cazado. Las fotografías, en esto como en cualquier excursión, son lo más común. Bien sean de grupo con los animales cazados en primer término en el lugar de reunión o en la plaza del pueblo, bien sean del cazador y el acompañante en el campo y en el sitio de la muerte antes de eviscerar la pieza o bien sean mostrando con orgullo la cabeza en las manos, las fotos se enmarcan y se colocan en la sala de trofeos de todo cazador. Los trofeos y los recuerdos de "la primera vez" adquieren una importancia sentimental superior. Muchas veces se le tiene más afecto al primer venado que al que mejores cuernos

tenga de toda una colección. Hay quien, como yo, guarda la vaina de la bala con la que se mató el primer animal (un venado selectivo en este caso). Mi padre, a quién hicieron novio con una cierva, conserva sus patas convertidas en perchero. Todos recordamos con qué arma nos hicimos cazadores y los detalles del lance. Siempre sale a relucir en las conversaciones de cazadores (de las que se dice son ricas en exageraciones y mentiras) la aventura del primer animal abatido. El cuchillo que muchas veces gusta usar para eviscerar la primera pieza es el propio.

Cada cual, para terminar, reviste este suceso del simbolismo que quiere, aunque nunca aparece desnudo de importancia en la trayectoria del cazador, ya que siempre se tiene presente que, al igual que se dice lo de "pescador que pesca un pez, pescador es", ser cazador consiste, ni más ni menos, en haber cazado.

VII. EPÍLOGO: MI PRIMERA VEZ.

En los cambios de estado mediante iniciación, al igual que existe agregación *al* grupo, también se registra el camino a la inversa según enunció ya el propio Van Gennep. Estamos hablando de la excomunió y la expulsión, por ejemplo. Pero esto no nos afecta a nosotros en el mundo de la caza de afición, a no ser que estimemos la retirada de la licencia de caza o de armas por causa de delito como tal. De cualquier modo esto no requeriría rito en modo alguno.

Los masai, para convertirse en guerreros y, lo más importante, para crecer socialmente al mismo ritmo que lo hace su cuerpo, habían de matar un león (ahora se les ha prohibido hacerlo, aunque lo consuman furtivamente). Las garras de estas fieras eran el trofeo (Cristina "Kiki", comunicación personal de su experiencia tanzana). Victor Witter Turner (1920-1983) dedicó gran parte de su estudio a los bantúes ndembu de Rhodesia del Norte (actual Zambia) y su actividad ritual (1969). El concepto de paso sería algo evidente en su comunidad, teniendo canciones para cada una de las grandes crisis vitales y para ritos de iniciación concretos. Así la canción *Mukanda* para la circuncisión de los niños, el cántico *Mung'ong'i* para el funeral, el *Nkula* como cántico tradicional del culto de las mujeres, el *Wuyung'a* como iniciación de cazadores...

Esto pasa hoy en día y en tierras africanas, siendo las especies cazadas para nosotros exóticas y desconocidas. Pero tenemos un ejemplo de caza iniciática mucho más cercano a nosotros geográficamente, pero mucho más lejano cronológicamente: los pueblos que poblaron la Península Ibérica en la Edad del Hierro. Muchos arqueólogos de este ramo han destacado la existencia de prácticas de embestidura de guerreros en relación con la caza del lobo y otras fieras salvajes,

pisteándolas a través de las representaciones artísticas de escultura y cerámica, además de testimonios escritos en las fuentes clásicas. (Almagro, 1996: 103-127) Eduardo Peralta Labrador pone en relación la figura de los zamarrones cántabros con las cofradías de guerreros y cazadores *Männerbund* o los *berserker* que otros estudiosos identifican en el centro de Europa. Para entrar en uno de estos grupos, y en la vida adulta de alguna manera, se debía haber matado a una fiera salvaje o a un hombre, estando muy en relación todo esto con la licantropía identitaria (2003: 168-180).

Tácito nos habla de cómo los *chatti* exigían a los jóvenes el matar a su primer hombre lo antes posible, debiendo llevar un anillo de hierro vergonzante y molesto en la mano hasta que cumpliesen con tal requisito (*Germania*, 31). Otras fuentes clásicas tales como "La Eneida" o "La Ilíada" cuentan episodios de caza como gestas heroicas, concretamente contra jabalíes.

De todo esto tiene un poco nuestro tema, pero creo que el lector se puede hacer una idea de la intensidad con la que se ha de relacionar todo lo que he venido exponiendo más arriba con estos otros casos. No significa lo mismo para nosotros matar el primer venado que para un celtíbero matar su primer lobo y sólo queda en relación entre ambas situaciones el propio hecho de haber matado por vez primera, concepto más general. Tampoco creo que fracasar en el intento de cazar tuviera las mismas consecuencias para un aficionado español que para un masai ya que para el primero tal hecho forma parte de su ocio y para el segundo un imperativo social inexcusable. Para nada he querido, después de gastar tantas pulsaciones de tecla al escribir las pasadas páginas, construir un camino argumental que concluyese en la relación entre hacerse cazador hoy en España y hacerse cazador y guerrero ayer y en África. Simplemente pretendía explicar un uso cultural de nuestra sociedad actual desconocido para muchos, consciente de poder hacerlo de la mejor forma mediante una perspectiva etnoarqueológica puesto que vivimos unos tiempos radicalmente materialistas donde hasta los sentimientos más personales, desgraciadamente, tienen un mercado relacionado y productos pensados y ofertados para hacer frente a su demanda.

Agradecimientos

Muchas gracias a todos los que me han ayudado a realizar este trabajo y que han tendido la paciencia de abrirme sus casas, contarme sus experiencias o permitirme fotografiar sus trofeos, armas y demás cultura material alusiva al mundo de la caza. En especial quiero agradecerle a mi padre pero amigo Alberto (que fue quien me hizo novio) todo el tiempo que ha perdido buscando conmigo fotografías en

revistas y colecciones para este documento. También a mi amiga y compañera de aventuras Lara Samperio que me permitió consultar el libro que custodiaba sobre los nukak. Me ha sido muy útil. Gracias a Cristina ("Kiki") por contarme su experiencia en Tanzania con los masai, al volver de allí como médico voluntaria de una ONG y comentarme de primera mano cómo siguen practicando, o por lo menos recordando, su rito de paso fundamentado en la caza del león.

Estoy muy contento con el resultado final, no por hedonismo ni orgullo, sino porque realizar esta investigación me ha hecho preguntarme cosas que obviaba sobre una de mis aficiones favoritas y, si bien muchas personas me han sido de ayuda para realizar el trabajo, el propio trabajo ha contribuido a que entienda mucho mejor el mundo de la Caza Mayor. Aunque el documento y su contenido no le guste a nadie más, aunque no merezca una buena crítica yo ya he sacado de él beneficio.

VIII. BIBLIOGRAFÍA:

ALMAGRO-GORBEA, M (1996): "Lobo y ritos de iniciación en Iberia", *Coloquio internacional: Iconografía Ibérica. Iconografía Itálica: Propuestas de interpretación y lectura*, Universidad Autónoma de Madrid. Páginas 103 a 127.

BONTE, P., IZARD, M. (1996): *Diccionario de Etnología y Antropología*. Traducción de Mar Llenares. Akal, Madrid.

DE LA FUENTE, L (2006): "El cazador Federado más Joven de España", *Trofeo Caza y Conservación, n.º 438, noviembre*. América Ibérica. Madrid. Página 13.

DOMÍNGUEZ RODRIGO, M (1996): *En el principio de la humanidad*, Síntesis, Madrid. Entre otras obras y artículos.

ESTEVA DE SAGRERA, J. (2005): "La sangre. Medicamento, mito y alimento", *OFFARM. Vol. 24, n.º 11*, diciembre.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003): *La Experiencia del Otro. Una introducción a la Etnoarqueología*. Akal, Madrid.

GRASSI, R. (1991): *El gran libro del cazado, lo que precisa y lo que le conviene saber*. De Vecchi, Barcelona.

HARRIS, M. (2003): *Antropología Cultural*. Alianza, Madrid.

HOEBEL, E. A. y WEAVER, T. (1985): *Antropología y experiencia humana*. Omega, Barcelona.

KOTTAK, C. P. (2003): *Espejo para la humanidad. Introducción a la Antropología Cultural*, McGraw-Hill. Madrid.

LEMONIER, P. (1986): "The study of material culture today: toward an anthropology of technical systems", *Journal of Anthropological Archaeology* 5. Páginas 147 a 186.

MERCADO CRUZ, E. (2003): "De estudiante a maestro practicante: los ritos de paso en las prácticas pedagógicas de la escuela normal", *Tiempo de educar, vol 4, n° 007*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca.

MORGADO GARCÍA, C. (2006): "Los animales siempre amigos, nunca enemigos", *Linde y Ribera, 40*. Armazón, Madrid. Páginas 136 y 137.

PERALTA LABRADOR, E. (2003): *Los cántabros antes de Roma*. Real Academia de la Historia. Madrid.

PIJOAN, M. (2005): "La unción. Significado religioso, farmacológico y cosmético", *OFFARM, Vol. 24, n° 6, junio*.

POLITIS, G. (1996): *Los Nukak*. Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas Sinchi.

VAN GENNEP, A. (1986): *Los ritos de Paso: estudio sistemático de las ceremonias de...*, Taurus, 1986, Madrid.

VVAA (2003): *La pasión por la Caza*. Coleccionable. Número 12. Planeta-De Agostini, Barcelona. Sección de Armas de caza.

WITTER TURNER, V. (1969): *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*.

Además:

C. TACITO: *Germania*, 31.

LEY 1/1.970, DE 4 DE Abril, DE CAZA (B.O.E. núm. 82, de 6 de Abril)

Reglamento de Armas. Real Decreto 137/1993, de 29 de enero BOE número 55/1993.

Catálogo de caza de El Corte Inglés, invierno 2003.

Catálogo "La Caza" de El Corte Inglés, invierno 2006.

Catálogo 2004-2005 de la armería Álvarez

Catálogo 2006-07 de la Armería Álvarez

Algunas ilustraciones proceden de:

Revista *Trofeo Caza y Conservación*. Varios números.

Revista *Caza Mayor*. Varios números.

commons.wikimedia.org

Imágenes Google.